

Lola López Díaz
Sara Marqués
Olga Guadalupe
Jesús Morata
Gonzalo Vaquero Suela
Paco Morata
J. Luis Calvo Vidal
Luis Valle
Juan Carlos Pantoja Rivero
Jesús Pino
María Antonia Ricas
María José Vioque
Andrés Ortega Martínez
Justo Monroy Pérez
Yago Rodríguez Yáñez
Reyes Santiago Ostos
Ahmed Hadi Islem
Rafael J. Pascual

*Ilustraciones: Teresa Ayuso
y Pepe Morata*

HERMES



Hermes VII, Toledo, 2008

Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

HERMES 7



**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO
2008**

Lola López Díaz

Acrósticos Elementales

Dueño de la razón cegadora.
Olvido rebelde de lo que
Nunca
Quisiste ser y
Unicamente lograste alcanzar.
Irrenunciable visión de
Jóvenes intrépidos
Ondeando al bien su luminoso destino.
Temblorosa
Estrella de fugitiva esperanza.

Dulce rumor de huerto
Umbroso,
Lejana memoria de
Cándida miel,
Insonnio.
Navega por la intrincada
Escala valeroso el
Amate.
Iluso deseo de ser.

Sara Marqués

El gorrito rojo

Me dejé elevar por la fresca brisa de aquel amanecer
mirando con aparente atención los mordiscos del asfalto,
muriéndome de amor
al tiempo que las amapolas de la esquina
se despertaban lanzando un lento bostezo.

Aquella noche
hundí la cara en la oscuridad que no podía devorar la luna,
una luna tímida y obesa
que perfilaba con luz tenue tu infinita melena negra.

Entonces,
me encontré con el cielo a menos de un grito,
entonces,
eras tú la que nublaba las luces de la austera feria
con tu gorrito rojo.

Sara Marqués

Deslizando por su cuello tus sutiles manos,
hallaste la ignorancia en cada caricia y en cada beso,
encontraste un cómodo asiento en su regazo,
y yo sólo te pude ver como una canción triste y
/ mordisqueada,
balanceándote al ritmo de la tristeza y bajando esa mirada
que jamás debió rozar el suelo.

Aquella noche,
vi a la luna enamorarse.

Libre y melancólica y

Libre,
como las lágrimas calientes en las telenovelas,
como el hedor de los contenedores,
como los dientes de león en campo abierto.

Melancólica,
como una bolsa de plástico aplastada en el asfalto,
como el atlántico a media tarde,
como la brisa que viene de vez en cuando.

Libre y melancólica
y soberbia y perezosa
y maniática y loca
y diferente y muy parecida...

Sara Marqués

El quince de Abril

En penumbra, nos confesamos a oscuras.
Nos reíamos de la pared
y yo me negaba cualquier haz de luz.

Nos besamos.
Tú con prisa, con la lengua perdida por mi boca,
y yo con un tímido roce en los labios.

Nos deseamos a contracorriente
en un rincón sin esquina
que nos pertenecla.

Se hizo todo más oscuro con los cuerpos cosidos.
Tu primera bocanada de calor en mi cuello,
tu rostro y mi hombro
eran el mismo mar de piel.

Tu «huelas muy bien» y mi trabada respuesta.
«Nos tenemos que ir»,
y volví al viernes siguiente...
sin saber si besarte en la mejilla
o acercarme sonrojada a tu boca.

Lucía

Delicada y pálida era tu expresión de niña dulce,
de tu fachada extranjera y tus ojos cristalinos,
de la delgadez de tus muñecas
y la perplejidad de quien te observa escondida en un
bosque sin árboles.

Mírame, sólo mírame y prometo soñar contigo
hasta que enferme de locura
por haber seguido inventándome el sabor de los be-
/sos y los tequieros,
porque el amor sin tu nombre queda tetrapléjico
y tan sólo queda mi voz y mis facciones para darle vida
a este austero circo.

No me olvides, a la chica cabizbaja con las manos en
los bolsillos,
no me olvides,
por si alguna vez me recordaste...

Me aburro

Tras el alarido de quien se pilla los dedos con una
/puerta,
me quedé pensando en aquella imagen dolorosa,
en blanco y negro, anónima, paralela,
sin importancia.

Sara Marqués

Después de observar con intocable paciencia
las caras de los que aguardan en las salas de espera,
decidí salir del maloliente silencio que se pudría en el
/paladar,
haciendo del insonoro tiempo una nueva meta,
un nuevo inicio en el «no decir palabra»,
haciendo del ordenado revistero otro cajón desorden.

Mientras estaba encerrada en la tercera planta de un
/ascensor
me limité a tararear el final de una canción,
haciendo de mi lengua un minucioso minuterero,
un desquiciante ruido para los impacientes,
el pasatiempo perfecto para no estar mirando los es-
/quivos rostros
de quienes apartan sus ideas, de los que temían rozar
/su brazo,
de aquellos cuerpos que exhalaban desidia.

Ahora, al tiempo que me muero en un «no sé qué hacer»,
muerdo las uñas que me quedan, desrizo los rizos de
/mi torturado pelo,
me muerdo los labios,
recuerdo las idioteces más inútiles que se pasearon
/alguna vez por mi cabeza,
me levanto y me vuelvo a sentar,
como si este momento fuese una foto borrosa lista para
/tirar a la basura,
como si el mañana me diese miedo,
como si ahora me durmiera ignorando las horas.

Olga Guadalupe

Insurrección del recuerdo

I

Su inasible presencia.

Advertir que el ausente no anda lejos
que, a veces, aún desea darme alcance
apresar todo mi cuerpo, derramarme.

Posar sus ojos sobre mí para verse
sólo un instante. Por un instante
saber que aún me tienta con su mano.

Que de algún modo aún me tiene,
que aún soy su recuerdo, aún su imagen.

Olga Guadalupe

II

Y ahora dime, dime al oído
que está bien amarse
que ya es hora de que el amor demore,
de derramarse sin que ondee
la triste enseña de lo que se pierde luego.

Y ahora dime -quedo- dime al oído
que tu ternura se quedará conmigo
que no se irá de retirada
ahora que la tarde es llegada
y sin querer nos va venciendo con su prisa.

Bien sabes que sueño, que nunca pido.

III

No pudo ser.

Pero diré que era verdad
que fue verdad la emoción aquella
su delicada y dulce contemplación absorta
su luz primera y minuciosa
su dulce deslumbramiento, que fue cierto
como la totalidad de sus tardes rotas
tardías y extensas de memoria ahora
de resonar impreciso que suave suena,

Olga Guadalupe

a veces trasunto fiel, sonido exacto,
que aquella efervescencia
de sentidos desmayados, se diría fue cierta
y que, nostálgico de dichas, tú también
dirías que fue verdad
y que esto de ahora no puede ser, no puede ser:
no es cierto.

IV

Cierto que tu beso al ahondarse
ya está levantando el vuelo.

Cierto que cuando nuestros cuerpos
se abisman, colmados
tu conciencia abdica ya de tu deseo.

Cierto que vienes para irte, y ya eres ido.

Y cierto que no eres ya sino
la memoria del amor aquel
para siempre impresa en mi seno.

V

Fogonazo en los párpados: irradiación imprevista.
A media mañana, las imágenes soleadas
de aquel mutuo entendimiento

Olga Guadalupe

cuando llegas.

 Todo el aposento
se resiente de dicha invisible y tímida
y por eso no adviertes
que el instante en su vértice más secreto
tras del pliegue de la sonrisa asoma
un corazón batiente y sin sosiego
que callar, callar su estruendo es lo que quiere.

Jesús Morata

Todos los días, domingo.

*•Everyday is like Sunday
Everyday is silent and grey•
Morrisey*

Desde la casa en que nacimos y aprendimos a querernos, a doce de noviembre de dos mil siete.

Querido hermano:

Hace tiempo que quiero escribirte, pero las muchas obligaciones que tengo me lo impedían. Esta mañana, que tenemos huelga en la fábrica por no se qué de los convenios, he cogido papel y lápiz para ver si estas letras consiguen ablandar tu corazón y romper las barreras que entre nosotros han impuesto ciertos percances y tus silencios. Son ya muchos los meses sin verte, sin una carta, sin una llamada para preguntar por la salud. Sé que debes estar dolido pero creo

que no merezco tanto rencor por tu parte.

Conforme voy acercándome a los sesenta, los días se van volviendo más grises y una pena como la de esas mantillas negras que llevan las mujeres que van a misa de ocho, me va creciendo por dentro y me siento envejecer poco a poco en la aspereza de las manos y en un *remor* continuo que tengo en los costados. No sé si te he dicho que me van a jubilar dentro de poco. Sólo me faltan dos meses para cumplir los sesenta y los del sindicato me están arreglando los papeles. Yo seguiría trabajando pero tengo los huesos malamente. Cuando el médico vio las últimas radiografías me dijo que los tenía tan desgastados como una anciana y que no se explicaba cómo podía soportar diez horas de pie en esa fábrica. Yo le contesté que no tengo más remedio que aguantar hasta los sesenta para ver si me queda algo más de paga, que con lo de mi Anselmo no llegamos. El pobre, se ha dejado la piel en ese taller de motos, pero tampoco le va a quedar mucho, y ya sabes que tenemos que sacar los hijos adelante. El mayor se está preparando unas oposiciones. Es el único que se parece a ti en lo de los estudios. Los otros dos no se esfuerzan nada, y por más que su padre y yo tratamos de meterlos en vereda no nos hacen caso. Según ellos eso de estudiar no sirve para nada, que en la obra se gana más. Claro, ellos ven que sus amigos que trabajan llevan dinero en el bolsillo para los vicios. Yo siempre te pongo a ti como ejemplo. Mirad, mirad vuestro tío Paquito, lo bien colocado que está y

lo bien que vive. ¡Ay, si yo hubiera tenido la oportunidad! Pero aquellos eran otros tiempos. No como hoy, que los jóvenes están paseando libros hasta que les sale barba, aunque no sirvan para estudiar. Como bien sabes, yo me tuve que salir con doce años, cuando murió mamá, así que aprendí lo justo para escribir y leer con mucho esfuerzo. Menos mal que después tuve ocasión de sacarme el Graduado en la Escuela de Adultos. Tú tuviste más suerte, porque el papá estaba empeñado en hacer de ti un hombre de provecho, aunque íbamos ajustados con lo que él ganaba y aunque yo me tuviera que emplear en la fábrica desde tan joven. Y hasta ahora no he parado. Toda mi vida la he pasado entre botes de conserva y luchando por los demás, pero ya no puedo con mis huesos.

El que más me preocupa es tu sobrino Juan. Si lo ves ya no lo conoces. Ha pegado un estirón y le saca la cabeza a su padre de lo alto que está. Pero presiento que está metido en algo raro. No paran de llegarme cartas del instituto porque falta mucho a clase. Yo quisiera ir a hablar con la tutora, pero no veo la manera de escaparme de mis obligaciones. Ya ha repetido dos veces curso, una en tercero y otra en cuarto. Le digo que tiene que aprovechar el tiempo, que se tiene que sacar por lo menos la secundaria, que no se quede hecho un analfabeto como sus padres, pero él no hace caso de nada. Al Anselmo lo tiene muy cabreado. Los fines de semana se recoge muy tarde y hace dos sábados su padre se levantó a las cinco y quería ir a bus-

carlo pero yo no lo dejé y entonces lo esperó en el sofá del comedor. ¡Que escándalo me montaron! Y lo peor es que siempre llega con los ojos vidriosos y apestando a alcohol y tabaco. Cuando está en casa parece que no quiere saber nada de nosotros. Sólo sale de su habitación para comer o cenar y nunca habla. Come rápido para encerrarse otra vez o irse a la calle con los amigos.

Abel, el pequeño, tampoco va muy bien en los estudios. Lleva dos años en el instituto y va a trancas y barrancas pero de éste no me mandan cartas y es más cariñoso con nosotros. Por lo menos lo veo jugar y bromear con su hermano mayor, mi Andrés.

Ay Paquito, yo me trago los disgustos como puedo. No hay bastante con lo de la fábrica que además tengo que apenar con un marido y tres hijos que no me ayudan nada. En lugar de ayudarme lo que hacen es poner enredos y darme más trabajo. Pienso en la mala suerte que he tenido porque Dios no me quiso dar al menos una hija en lugar de tanto hombre.

Mi marido siempre parece cansado y tiene pocas ganas de hablar. Después de cenar se pone a ver la tele y se queda dormido. Él también me tiene preocupada. Lleva ya algún tiempo que tiene una tos rara y de vez en cuando escupe sangre y le está cambiando la voz. El médico del seguro le ha mandado esas pruebas en las que te meten un tubo por la garganta para verla por dentro, pero el muy cabezota no quiere hacérselas.

Y esta vida que llevo tan insípida se va llenando de tristeza, de horas absurdas como moscas, borra-chas de tedio, que revolotean todo el rato sin ir a nin-gún sitio. Menos mal que ha venido un cura nuevo a la parroquia con el que hablo a menudo y sus pala-bras me dan resignación. El Anselmo me echa en cara que pase tanto tiempo en la iglesia, «que parece que tienes algo con el cura». Yo, lo único que quiero es que alguien me escuche, que trate de entenderme y dar sentido a estos días que pasan sin aliento y sin senti-do. Antes te tenía a ti pero, tu actitud rencorosa y dis-tante hace que cada vez sea mayor el hueco de mi tristeza. Y una es que ya no tiene gusto por nada. Hace tiempo que he perdido la ilusión. Antes me lo pasaba bien con las conversaciones de la fábrica. Me gustaba meterme en los corrillos y empaparme de todo: de la última que se había quedado embarazada, o de las parejas que se habían separado. Llevábamos cuenta de todos los chascarrillos que corrían por el pueblo. Pero ya no le encuentro gracia a las cosas. Ni siquiera me entretienen las novelas que ponen en la tele. Cuan-do a mi amiga Agustina le dio aquella trombosis que la dejó imposibilitada en la cama me dio por pensar en todo lo que me está pasando. ¿Te acuerdas de ella? Es de mi edad y se crió enfrente de nosotros en la calle Ancha. ¿Vale la pena tanto sufrimiento? Si no fuera por las palabras de Don Elías, el cura nuevo, estaría por tomar un camino.

Bueno, no quiero cansarte más con mis cosas.

Seguramente pensarás que tu hermana está algo chocha y que te aburre con sus cuentos. Pero es que esta mañana, que estaba algo más descansada, me ha dado por acordarme de ti. Y me ha dado pena pensar que va para tres años que no nos vemos. Te pediría que hicieras un esfuerzo y que te pases por aquí. Te pediría que olvidaras lo que pasó aquel día con el Anselmo. Ya sabes que es un poco bruto y hay ciertas cosas que no le entran en la cabeza. Cuando te vio aparecer en casa con aquel hombre, joven y bien parecido como tú, se puso en guardia, y, a veces, me decía a escondidas: «No me gusta como se miran tu hermano y ese tío que ha traído» Yo le quitaba hierro y le decía que tú eras muy macho, que de joven llevabas de cabeza a las muchachas del pueblo. Pero tu cuñado me miraba con recelo y no se le quitaba el mosqueo. Yo sólo quiero que te pongas en su lugar, que es muy cerrado de mollera y no acepta algunas costumbres de estos tiempos. Como tú vives en la capital y eres una persona culta, seguro que lo entenderás.

Para terminar te pediría hermano que no fueras rencoroso y lo olvidaras todo. Sabes que eres lo único que me queda ya de la familia infeliz pero unida, que fuimos desde que murió mamá. Haz un esfuerzo, aunque sea por los ratos que pasaba a tu lado, hasta que te dormías, cantándote coplillas o contando cuentos sin brujas ni ogros para que no te dieran miedo. Hazlo, aunque sea por las tardes de pan, chocolate y carne de membrillo, cuando eras muy pequeño y yo te

llevaba a la casa del maestro de música, aquel viejo verde y flaco que me echaba piropos y trataba de pellizcarme mientras tú tocabas la guitarra. Por aquellos domingos, en casa de la tía, cuando nos hacía el arroz con leche que tanto nos gustaba y en la siesta nos sentábamos debajo de los alatoneros y nos mirábamos con cara de felicidad robada y, entonces me decías abónico, para que no te sintiera nadie, lo bien que estaríamos si todos los días fueran como el domingo. Hazlo aunque sea por el secreto que te guardé desde el día en que te descubrí en la habitación de mamá con su vestido de novia y los labios pintados de carmín. Hazlo, por darle un poco de consuelo a esta mujer triste en que me he convertido. Contéstame a la carta diciendo que ya lo has olvidado, que no nos guardas rencor y que vendrás a vernos. Que has perdonado al bruto de mi marido por haberos echado de casa a ti y a tu amigo. Yo ya se lo he explicado, que hoy en día esas cosas no son como antes, que hoy hasta se pueden casar dos hombres y no pasa nada. No le guardes rencor a tu cuñado que, aunque es un hombre muy antiguo, verás como lo va aceptando.

Lo que más deseo es que vengas a vernos para la próxima Navidad, como hacías antes. Aunque tengo mucha pena por todo lo que te he contado, echo de menos aquellas fiestas en que nos juntábamos frente a la chimenea y tú tocabas la guitarra mientras los demás cantábamos villancicos acompañados con las panderetas y la botella de anís. Tus sobrinos me pre-

Jesús Morata

guntan por ti, sobre todo el Abel que sabes que te tiene mucho afán. Hermano, dime que volverás sin resentimiento para salvar aquellos recuerdos y arrancarme la congoja que llevo dentro porque no me resigno a haberte perdido. Y para terminar déjame que te diga una bobería, que te diga que pienso mucho en ti y en aquellos domingos de nuestra infancia y en lo mucho que me gustaría que todos los días fueran domingo, como aquellos domingos alegres y azules que hemos perdido para Siempre.

Te quiere, Rosa.

Gonzalo Vaquero Suela

decadencia

Septiembre, 1936. Cerca de Talavera.

Juan Vivar, veinticinco años, casado y con dos pequeños, corre entre las encimas como alma que lleva el diablo. Suena en algún lugar a su espalda un último disparo, tal vez ya sin mucha intención de quien aprieta el gatillo, pero esta vez la bala anda cerca. Hace saltar en mil pedazos una rama sobre su cabeza, y le llena el pelo de astillas. Juan lanza un gemido, casi un sollozo, y se lleva los brazos a la cara, aunque no deja de correr. En ello le va la vida, lo sabe mejor que nadie, en correr tanto como sus piernas puedan aguantar.

La guerra ha llegado. Se ha hablado mucho, demasiado tiempo, y quienes podían evitar esta tragedia humana desde sus confortables y seguros cuarteles, han decidido continuar adelante. Y ya no hay marcha atrás. La sangre regará los campos, teñirá de carmesí

el recuerdo, será un borrón ilegible en la moldeable textura de la Historia.

Juan Vivar ha dejado caer hace rato el fusil. Cuando ha comprendido que todo estaba perdido, pues ha visto con estupefacto horror cómo los cuerpos de todos sus compañeros, algunos de ellos buenos amigos, caían uno a uno a su alrededor, ha dejado la lucha y ha emprendido esa desenfundada huida a través del monte. Lo ha lanzado entre la jara cuando apenas había corrido cien metros y las balas silbaban a su alrededor como si fueran bolas de lotería. Algunas veces toca, pensaba en esos momentos de horror. Muy pocas veces lo hace, pero a veces toca.

Ahora parece que el peligro ha pasado después de ese último aviso. Pero ha de llegar cuanto antes a la cabaña que tiene en la cima del monte, oculta tras un espeso anillo de encinas. Recogerá algunas monedas y otras pertenencias de cierto valor, correrá al pueblo en busca de su familia y huirá de allí para siempre, puede que incluso fuera del país. Será quizás una huida deshonrosa, es cierto, pero la vida no tiene precio. Si el resto de la nación está enferma, pues sólo así se entiende semejante barbarie, él no está dispuesto a enfermar y morir con ellos. Y mucho menos poner en peligro la vida de su mujer y sus hijos.

¿Y Pedro? ¿Qué pasará con su hermano Pedro?

Lucha en el otro frente, el muy estúpido. Puede que incluso se encuentre en este momento entre esos que los han frito a balazos ahí abajo. Es la guerra, pien-

sa con cierta sorna, y la lucha entre un mismo pueblo tiene esos inconvenientes. Pero a pesar de todo tiene una cosa muy clara, sin ningún nubarrón de duda enturbiando tal certeza: lo quiere tanto como a sus propios hijos. Desde que eran bien pequeños y cuidaban juntos del modesto rebaño de ovejas de su madre; desde que se casó con Luisa y cuando tuvo a esos dos tesoros que eran sus hijos; desde que el propio Pedro se fue a Talavera a ganarse la vida; en todo momento no han estado de quererse con cálida franqueza.

Pero esta puta guerra lo ha cambiado todo. Si pudiera agarrar del cuello a los instigadores...

Y mientras Juan corre hecho un demonio camino de su cabaña, piensa en dónde diablos estará metido su hermano Pedro y, en última instancia, si aún continuará con vida...

Entonces una rama baja se engancha de la cadena que lleva al cuello y de un brusco tirón se la arranca. La cadena y una llave salen volando y se pierden entre la maleza. Juan no se da cuenta de nada, tal es su estado de enajenación en ese momento. Sólo tiene espacio en su mente para pensar en su hermano...

Pedro Vivar detiene el paso cuando al fin se acerca agazapado al espeso anillo de encinas que rodea la cabaña de su hermano Juan. Está sofocado por el cansancio y tiene que hacer un gran esfuerzo para que su agitada respiración no le delate en la noche que cae. Tiene el fusil agarrado muy fuerte entre sus manos

sudorosas.

Se asoma apenas entre la jara y ve que todo permanece oscuro y en silencio. Dios, espera con toda su alma que su hermano haya escapado de la emboscada que le tendieron en la falda del monte. Si así había sido, era seguro que vendrá hasta aquí para recoger sus cosas antes de largarse.

Pedro se deja caer contra el tronco de una encina, sin bajar la guardia. Tiene los dientes tan apretados que se hace daño en la mandíbula, pero la tensión que retuerce sus nervios es tal que no consigue relajarla.

Maldita sea esa estúpida guerra, y todos sus dirigentes y todos aquellos estúpidos que son capaces de matar por unos ideales. Unos ideales que más de la mitad de los que disparan un arma no conocen ni entienden en absoluto. Un ideal bañado en sangre está maldito, está abocado al fracaso y en poco tiempo queda obsoleto. ¿Por qué entonces continuar matando a gente con la que en muchas ocasiones has compartido unas risas y el trago de una copa? ¿Por qué, Dios me maldiga para siempre, disparar contra tu propio hermano? Pero la necedad en la que han caído les lleva a seguir ese juego macabro hasta las últimas consecuencias.

Pedro da un puñetazo en el suelo y se lastima la mano. Pero no es capaz de sentir dolor. Es tan grande aquel que aflige su corazón, es tan gigantesco el tormento del que se ve cada vez más y más prisionero,

que no se cree capaz de sentir la explosión de una granada a un metro de sus pies.

Vuelve a mirar la cabaña de Juan, allí donde tan buenos ratos han pasado juntos en compañía de su madre (su padre murió cuando ellos apenas sabían hablar), y siente que las lágrimas llegan en torrentes, tan intensos que no los podrá controlar. Por favor, Juan, has de saber que te quiero. No te vayas antes de poder mirarme una vez más a los ojos y brindarme una de tus cálidas sonrisas. Mandaré a la mierda las armas y nos marcharemos juntos...

Pero la cabaña no le contesta, sumida en un desespero cada vez más intenso.

Sergio Olivares es un muchacho de dieciocho años. Es un joven apuesto, a buen seguro un mozo de muchas hembras, mide más de dos metros y su cabello es tan dorado que casi deslumbra en la noche. Pero, por desgracia, no es demasiado inteligente. Lucha con un odio tan atroz hacia los que él llama enemigos de sangre, que no debe tener cabida para más sentimientos en su corazón. No sabe muy bien por qué, no entiende de política, ni maldita falta que le hace. Desde poco después de nacer ha mamado en casa ese odio, esa sed de lucha. Y ahora que por fin se le ha aparecido la oportunidad, no la ha desaprovechado. Sus padres, tan radicales al calor de compañía amiga sentados con una copa de aguardiente delante de un transistor, han luchado de manera denodada por evitar que marchara al frente. Pero ellos ya habían hecho su

trabajo, habían cimentado con sus palabras la máquina de furia y odio en que se había convertido hoy, y ahora le tocaba a él responder a esa enseñanza radical e inhumana.

Sergio sube de tronco en tronco, desobedeciendo las órdenes recibidas. Habían tendido una emboscada a un grupo de esos cabrones, y las cosas habían marchado muy bien. Pero, cuando todo parecía que había terminado, había visto cómo uno de esos cerdos había escapado como un vulgar conejillo entre las matas. Debían retirarse, gritaba alguien, regresar al fuerte que habían tomado en la base del monte. Pero su sangre hervía demasiado como para poder dejar escapar con vida a ese mal nacido. Y había hecho caso omiso a las órdenes. No, no iba a escapar de ninguna manera. Sergio Olivares se encargaría de que así fuera.

Y de tal manera ha emprendido la caza...

Juan Vivar no se detiene hasta que cruza el anillo de encinas (pasa a poco más de diez metros de su hermano). Entonces salta la verja de madera que rodea la cabaña y busca con desesperación la puerta. Se detiene ante ella, resollando como un perro apaleado, y se lleva las manos al cuello en busca de la llave.

Siente que el corazón quiere detenerse en su pecho cuando al fin se da cuenta de lo ocurrido.

Pedro Vivar escucha que alguien se acerca a la carrera, y una inexplicable euforia se apodera de su

estado de ánimo. Está a punto de saltar de su escondite para recibir al que llega con los brazos abiertos. Es su mayor deseo, el único ideal por el que realmente importa luchar en ese momento. Pero, por fortuna, en el último instante, un destello de cordura le ilumina y no permite que actúe de manera tan inconsciente. Puede ser Juan, ojalá sea Juan, pero también puede no serlo. Esperará a que abra la puerta y encienda una lámpara. La noche ya está cerrada, roto su reinado de oscuridad sólo por la pálida luz de la luna, y si Juan quiere recoger algo de allí dentro tendrá que iluminarse aunque sea durante apenas unos segundos. Sus deseos se van desmoronando como un castillo de arena batido por las olas del mar cuando poco a poco comprende lo que ocurre. El recién llegado está tratando de forzar la puerta. Sólo es capaz de distinguir su silueta en el porche, y de manera muy vaga, pero está seguro de que aquel tipo está tratando de entrar en la cabaña por la fuerza. Yeso no está bien.

Pedro Vivar suelta el seguro del fusil y se acerca sigilosamente.

Hay un segundo, tan sólo uno pero muy poderoso, en el que Sergio Olivares está a punto de dar la vuelta y regresar al campamento. Cree haber perdido el rastro de su presa de manera definitiva a medida que avanza su cacería, y la oscuridad y el monte no van a ser precisamente sus mejores aliados. Así es que Sergio se detiene, furibundo como un jabalí herido. Pero no, no va a desistir ya. No ha sido eso lo que

ha aprendido en la vida, la lección más importante que ha recibido de su padre desde que era un niño, a rendirse como un miserable al primer desfallecimiento. Eso queda para esos cerdos que se dispone a exterminar, no para él. No va a ser tan fácil rendir a Sergio Olivares, el guerrero del siglo XX, el héroe de esta cruzada entre hermanos.

Aparta una rama baja de un manotazo, aprieta los dientes y continua la caza.

Juan Vivar esta desquiciado. ¿Cómo puede haber ocurrido? ¿Y cuándo? Pero no hay tiempo que perder. Se agarra a la manija y tira de ella, pero la recia puerta de madera no se mueve. Suelta una maldición y la golpea con los puños, al borde del llanto. Tiene un par de pesetas ahí dentro, un poco de comida y lo más importante, sendos dibujos de sus hijos donde le confiesan con su letra cuarteada lo mucho que le quieren. Y no lo va a dejar ahí por nada del mundo.

Se aleja un paso de la puerta y lanza una violenta patada. La madera cruje y los goznes se lamentan, pero no se abre. El agudo dolor que le sube desde el tobillo a la rodilla le dice que se ha lastimado algún tendón, puede que incluso se haya provocado un esguince o tal vez una fisura. Pero su cerebro no tiene tiempo para eso, y vuelve a ordenar al pie que lance una nueva patada. Y una tercera...

Y al fin la puerta cae hacia dentro con un ruido que a Juan se le antoja estrepitoso. Es un estampido que le hace encogerse durante unos segundos mien-

tras acecha inútilmente hacia la oscuridad que le rodea, con el corazón de pronto rígido como una piedra. Pero no ve nada. Y aunque hubiera cien soldados acechándole, tampoco los habría visto. Así es que entra...

Pedro ve al extraño forcejear con la puerta, golpearla una y otra vez hasta que consigue derribarla. Y sufre aún más a cada segundo. Ya está casi convencido de que aquel no es su hermano Juan, pero aún así se aferra a la hirviente esperanza de que el intruso encienda un fósforo y que su luz ilumine ese semblante afable que tan bien conoce.

Con una angustia nunca antes conocida, Pedro sale del anillo de encinas y se acerca a la cabaña, con el fusil dispuesto para abatir a quien quiera que haya osado colarse en la cabaña de su hermano.

Juan no necesita luces para acercarse al rincón donde descansa un pequeño petate lleno de conservas. Ha cruzado mil veces esa pequeña habitación, y sabe muy bien cada centímetro que ocupa la mesa, las tres sillas y el armario. El colchón está apoyado contra la pared norte. No, desde luego que no necesita ninguna luz.

Pero en cambio sí va a necesitarla para arrancar la tabla del suelo bajo la que guarda el dinero y el dibujo de sus dos campeones. Se arrodilla en el lugar aproximado, y mientras lo hace se hurga en los bolsillos. Son segundos de pánico cuando sus dedos temblorosos no encuentran los fósforos, y cree que tam-

bién puede haberlos perdido. ¿Por qué ha de ser todo tan complicado? Pero al fin da con ellos.

Está tan nervioso que al abrir la cajetilla los deja caer al suelo. Maldice en silencio y tanteando el suelo coge uno de ellos. Lo acerca al rascador y raspa.

Pedro Vivar, con el fusil pegado a la cara y el dedo temblando sobre el gatillo, está a dos metros de la puerta. Puede sentir el movimiento del extraño dentro de la cabaña. No sabe si dar aviso, lo que en esa oscuridad plateada puede costarle caro, o simplemente abrir fuego y acabar con aquel desgraciado.

Piensa en ello cuando sus botas pisan una rama caída y su crujido es como la campana de un colegio llamando a los chicos a clase.

Sergio Olivares, desesperado, con el rostro perlado de frío sudor, descubre al fin el perfil de una cabaña oculta entre un anillo de encinas. Parece que ha llegado por la parte trasera, pues desde allí no distingue puertas ni ventanas. Pero está demasiado oscuro para estar seguro. Así es que se acerca otro poco, de pronto muy animado. ¿Y si en esa cajita de madera encuentra premio?

Suelta el seguro de su fusil y avanza.

La cabeza de la cerilla salta como un resorte cuando Juan Vivar la frota contra el rascador. Ni una chispa. No sabe que un fusil en manos de su hermano Pedro le apunta desde la puerta. Por eso palpa otra vez el suelo en busca de un nuevo fósforo, lo encuentra, lo acerca al rascador y se dispone a encenderlo,

cuando escucha el crujido de una rama y la cerilla cae de sus dedos.

Es la guerra. En la guerra no se piensa igual que sentado en una silla al calor de un fuego. En la guerra el pensamiento racional no quiere mostrarse. En la guerra es el miedo quien gobierna la actitud humana, rebaja al hombre a un estado primitivo e instintivo capaz de asustar el conocimiento limitado de un animal. Todas las voces y reproches proclamados en las tertulias políticas; todos esos brillantes ideales que algún día han de guiar el progreso de una nación; toda esa esperanza de futuro cimentada en la guerra, no sirve para nada cuando el miedo impregna hasta la última célula de la mente humana. Porque ese miedo atroz te enseña que la guerra no es el camino, que nada se puede conseguir derramando sangre, que si se encarcela a la palabra, ninguna esperanza queda ya para lograr la felicidad.

Y Pedro está aterrado. Esa malnacida guerra le ha privado de toda cualidad humana. Ya no es hombre, es bestia. Por eso, cuando el crujido de la rama alerta al extraño que hurga en la cabaña de Juan (que no es otro sino el propio Juan), y le hace girarse como un resorte, Pedro aprieta el gatillo. Y el foganazo de la pólvora al explotar le muestra durante centésimas de segundo el rostro espantado de su hermano, los ojos muy abiertos mientras la bala le descerraja la tapa de los sesos.

Cuando comprende lo ocurrido, Pedro arroja el

fusil a un lado y corre hacia su hermano. Se arrodilla a su lado y acuna su cabeza con el brazo. Juan Vivar ya no respira. El tiro ha convertido su cabeza en una masa desconocida y viscosa aunque, a pesar de la oscuridad y el destrozo de sangre y huesos, Pedro puede ver la incomprensión dibujada aún en aquellos ojos inertes.

Lanza un alarido demencial, y comienza a sacudir el cuerpo muerto de Juan como si fuera un muñeco al que se le han terminado las pilas y el movimiento pudiera llegar a recargarlas. Lloro sobre él, le ruega para que le conteste, para que le perdone, para que le diga una última vez que le quiere. Pero Juan ya no puede decir nada. Son las bromas de la guerra.

Sin saber muy bien lo que hace, Pedro coge el cuerpo de su hermano y sale de la cabaña. Lo llevará cogido hasta Talavera, al pueblo si es necesario, pero se encargará de darle un entierro digno de un rey. ¿Cómo se lo dirá a madre? ¿Y a su mujer? ¿Cómo podrá contarles a sus hijos lo que ha ocurrido? Se han matado unos a otros como ratas rabiosas para que gobierne uno u otro hombre que no sabrá ni quiénes son ellos, eso les dirá. Que todos se han vuelto locos, que todo aquel que osa siquiera levantar la mano contra un paisano no merece consumir el aire que respira. Esa es la puñetera verdad.

El primer impacto le alcanza en un hombro, y el cuerpo de Juan cae al suelo. No ha escuchado el disparo, a pesar de que el sonido aún reverbera en el

monte. Ni siquiera es capaz de sentir dolor. Sólo tiene razón para contemplar el cuerpo desmadejado de Juan tirado a sus pies, deshonrado como un perro. Se agacha a recogerle cuando un nuevo impacto en el pecho lo lanza hacia atrás con la fuerza de un puñetazo. Queda aturdido, sin dejar de mirar a Juan. Ya no puede respirar tampoco, y comienza a sentir un hormigueo de fuego extendiéndose por su cuerpo, como una mancha de aceite sobre las aguas de un estanque.

Trata de incorporarse, pero no puede. No es capaz de moverse. Así es que se arrastra arañando el suelo hasta que su cabeza choca contra la masa sanguinolenta que es la de Juan. Cree que alguien le patea la espalda, incluso que un nuevo disparo le revienta la garganta, pero ya no puede sentirlo. Ya no importa nada, ni la guerra ni los que en ella se afanan. Que se vayan a la mierda todos ellos y sus ínfulas de grandeza. Une sus labios a los ojos aún abiertos de Juan y se deja ir. Aunque antes...

Te quiero.

Sergio Olivares no puede dar crédito a sus ojos. Aquel tipo ya debería haber muerto hace rato, y aún ha sido capaz de hablar. Apoya el cañón del fusil en la cabeza de Pedro y aprieta una vez más el gatillo. Ya está, trabajo terminado. No sabe de qué bando son esos dos tipos, ni falta que le hace saberlo. Es la guerra, y los daños colaterales a veces se hacen inevitables.

Lanza una carcajada y regresa al campamento.

Gonzalo Vaquero Suela

Es la guerra, la guerra entre hermanos, la decadencia humana en su más fiel representación...



Paco Morata

ciudad dorada

no podría volver a los años dichosos
que la memoria exhuma desde las arboledas de la ciudad de arena
aquella que escuchaba insomne nuestros sueños hasta la madrugada
las noches entreabiertas a golpe de bufanda de semillas calientes y de cafés con leche
música de combate entre la niebla ilustre que daban las campanas del reloj de la plaza

la ciudad de la piedra dorada que ya nunca visito porque temo
encontrar mi fantasma pidiendo humildemente amor como un mendigo
bajo los soportales por los atrios de orfebre buscándote en las tascas
paseando las tardes como un loco a la fuga por la orilla del río
vestido como un novio de una elegancia antigua

Paco Morata

para ir al encuentro de la única esposa soledad que
me aguarda
entonando canciones escarchadas de enero bajo la
luna esclava de los ojos del puente

puede que aún recuerde el rumbo de mis pasos
la senda repetida para ir a tu boca
cuando era mi nombre la fruta preferida de tus labios
de virgen
y bajabas a darme la vida entre dos folios preparando
un examen

no podría volver solitario a la casa
compartir los espejos donde duermen las sombras de
los días borrados
no conozco ya el sitio los lugares de moda el nombre
de los cines las tapas de los bares
los bancos del corrillo donde siempre te espero
ignorando a qué hora como hacías entonces vendrás
sola a la cita
sin saber que te llamo

J. Luis Calvo Vidal

Primavera espléndida

Para María José

Sigo el tránsito continuo de unos ojos. El viento,
como un canto, se posa en el bosque abstracto de una
cabellera.

Tengo un acceso convulso de amar contra corriente.
Son vastos y calientes
sus territorios. Leí la insólita mística de una voz. Me
entregué a la composición
inquieta: trazar senderos íntimos, variaciones de la len-
gua, la íntima
canción del beso. Fue así como perdí el norte. La fuer-
za excesiva
del ansia me evitó la muerte.

La conocía ya. Contemplé su cuerpo en los pintores y

poetas de antaño.
Vi sus labios en las lámparas encendidas de lo invisible. Sentí su tacto
en el movimiento desnudo de la montaña.
Comí de sus manos en los versos libres de Breton. Vi a Neruda recitar sus pechos
sobre el mar. Respeté el sentido maldito
de su visión en el color vivo de Duchamp. Guardo en mis oscuras
esperanzas un cáliz colmado de lluvias.

Amé el sabor pálido de la pasión, la tonalidad húmeda
de las palabras. Reflejo de un arte memorable, de una escritura íntima.

¿Escuchará, quizá, mis silencios? Vivo en la embriaguez pura
de una voz irrepetible. Bebo en el sueño las estrellas que constelan su vientre.
¡Al diablo los besos simbólicos, las caricias metafóricas, las aguas que hierven a lo lejos!
¡Su cuerpo es una conjunción de lugares sagrados, la realidad del mito, la constatación
de lo absoluto! La noche
marca la línea transparente del amor más puro. Es el bosque, el eco
rotundo de los más antiguos cantos.

J. Luis Calvo Vidal

El otoño es su aliento húmedo. En mis sueños
sus labios son mis labios; un vasto mar en noviembre.
Las aves
locas vuelan sedientas en su lengua. Como quien huye
del invierno, aguardé
este instante. Su nombre, sonrisa infinita de las co-
rrientes fluviales; memoria
de los primeros templos.
Imagino apariciones desnudas como sueños. Triunfo
de las aguas íntimas. Diluvio:
noche encendida de un jardín prohibido.

Sombreo de miradas sinceras las rutas de su cuerpo.
La caricia del viento es un sentimiento próximo. ¡Sus
ojos! ¡Primavera
espléndida!



Ayulo 08

Luis Valle

tres poemas

EL SÍMBOLO DEL GRAN TEXTO
va de lo oscuro (en medio
relampaguean
metáforas, luces
de lo evidente, palabras
sin raíces, el pensamiento
en persecución
de sí mismo,
el tedio, las lámparas,
el trabajo espiritual de siglos,
la frescura luminosa) a lo oscuro.

Luis Valle

'ERAS EL REY ANTE EL CIERVO
Y la rosa atada al sol.

Eras el vino que me guía
y el ciprés que cimbraba
luz cantora...

Ahora te tiendo
entre flores violentas
y me correspondes
dejando que sobre ti
se oficie el tango de las aves.

NOS TEJIMOS JUNTOS
y con gran dolor
nos separamos.



Juan Carlos Pantoja Rivero

no se llamaba mónica (¿o sí?)

Tenía mucha prisa. Me estaba esperando un hombre con el que había quedado para tratar el asunto del coche. No me considero un caprichoso, pero sí he de decir que de vez en cuando me apetece cambiar de coche; entonces vendo el que tengo y me compro otro: tal vez sea esta mi única debilidad material que, por otro lado, yo mismo veo innecesaria y superficial, algo así como un antojo estúpido. Sin embargo, nunca he podido renunciar a ello: ¡qué le voy a hacer! Iba, entonces, con prisa, como digo, ya que faltaba solo media hora para mi cita y aún estaba un poco alejado de la cafetería en la que tenía que encontrarme con el comprador de mi coche, Pío me dijo que se llamaba, que ya tiene delito el nombre, que yo creo que no he vuelto a oírlo desde que estudiaba el bachillerato en el instituto y me hicieron leer una novela de Pío Baroja, un escritor vasco me parece, algo así como *El árbol de la sabiduría* o *El sauce del saber*, no sé, nunca fui un

buen estudiante, a mí me gustaban más las motos que los libros, y prefería leer el *Marca* antes que esas historias incomprensibles que escribían los autores de los que nos hablaba el profesor de literatura, un tipo con barba que parecía no pensar en otra cosa que en los libros. El caso es que no me quedaba mucho tiempo para llegar adonde estaba el tal Pío, que, con ese nombre, a lo mejor tenía cara de pájaro, con su pico y todo, vete a saber. Me dijo que, para reconocernos, podríamos llevar cada uno una carpeta roja. Esto me pareció una gilipollez, como si se hubiera sacado de una película de esas que llaman comedias románticas, yo llevaré una rosa en la mano, dice la chica, y yo un ramo entero, para luego ofrecértelo, dice el chico, al otro lado de la distancia que el teléfono ha unido, con cara de simple, embobado ante la idea de acudir a esa cita a ciegas. Pues yo lo mismo, pero en lugar de esperarme Julia Roberts o Jennifer López, a mí me estaba esperando Pío, un tipo que quería comprar mi coche y que, por la voz que tenía cuando hablamos por teléfono, se me había metido en la cabeza que sería calvo y con gafas, no puedo explicar por qué.

La calle estaba muy concurrida y resultaba difícil abrirse paso entre la gente; costaba, a veces, andar más de cinco o seis pasos seguidos. Bueno, puede ser que fueran diez o quince pasos, pero no muchos más. Parecerá extraño que, teniendo esa obsesión por los coches y por las motos, que, como he dicho, me llevaba a cambiar a menudo de automóvil, yo

vaya andando dificultosamente entre las multitudes que se empeñan en transitar todas juntas por las calles del centro de la ciudad. Esta es otra de mis rarezas: me gusta tener un coche nuevo, pero no me apasiona conducir; muchas veces prefiero ir andando de un sitio a otro, e incluso, si viajo fuera de la ciudad, con frecuencia lo hago en tren. Cada uno tiene sus rarezas, ¿no?, y yo no hago daño a nadie cambiando de coche y yendo luego a pie si me da la gana: solo faltaría tener que dar cuentas a todo el mundo de si uno va andando o no.

El caso es que, volviendo a lo que estaba contando, tenía mucha prisa, el reloj parecía correr más que yo y, por momentos, veía que no llegaba a la hora convenida con Pío, el comprador desconocido. Miré mi carpeta roja debajo del brazo y no pude evitar hacer un gesto automático con la cabeza, como si quisiera decir: hay que joderse, menuda memez lo de la carpetita. Y entonces, en medio de mis prisas, con la hora de mi cita cada vez más cercana, apareció ella, o mejor tendría que decir las piernas de ella, espléndidas, mostrándose ante mis ojos según salían de un coche que acababa de aparcar junto a la acera, ¡joder, qué muslos!, pensé mientras mi mirada se quedaba pegada a ellos, antes de que su propietaria terminara de salir del coche y se ajustara un poco la falda, tirando de ella hacia abajo con poco éxito, pues la prenda no era muy larga, que se pueda decir. Aminore el paso, atraído por la mujer cuyas piernas me habían impre-

sionado tanto, para darle tiempo a que cerrara la puerta del coche y comenzara a caminar, decidido a ir tras ella. Para disimular me puse a mirar el escaparate de la tienda que había a mi lado y que resultó ser una ortopedia, ya está bien, pensé, ¿no podía haber sido una joyería, por ejemplo?, ¿quién se para a mirar el escaparate de una ortopedia? Y desde el interior, un maniquí de color cetrino, inexpresivo, con una faja cubriendo parte de su torso, parecía mirarme con sus ojos sin vida, como diciendo: mira que eres idiota, Pablo, porque yo me llamo Pablo, no sé si lo he dicho. Sin hacer mucho caso al maniquí y a su reflexión, me volví a mirar a la mujer de las piernas y vi que ya caminaba por la calle, moviendo con gracia toda la parte inferior de su cuerpo, en la misma dirección que yo tenía que tomar para acudir a mi encuentro con Pío. Me felicité por la coincidencia de caminos, pues no estaba por la labor de llegar tarde a la cita y mucho menos de no presentarme, ya que una de mis manías (tengo varias, lo sé) es la de la puntualidad. El imán del trasero contundente de mi perseguida era muy poderoso, pero bajo ningún concepto podía hacerme incumplir mis obligaciones, presentes en el recuerdo constante que me procuraba la carpeta roja que llevaba bajo el brazo. Pero de momento no había problemas de ningún tipo: el cuerpo y sus curvas se desplazaban delante de mis ojos, por las mismas calles que yo debía recorrer; si era por la derecha, por allí iba ella; si por la izquierda, también, y así todo el tiempo.

Caminaba al compás de los movimientos de ella, desplazando mi mirada desde la cintura hasta los muslos, pasando por el culo, donde la detenía unos segundos. Se pensará que soy un pervertido o un obsceno, o tal vez un *voyeur* de tres al cuarto, pero no hay nada más lejos de ello; por el contrario, siempre he sido enemigo de las perversiones, desde pequeño, siempre me molestaban las conversaciones procaces de mis amigos, llenas de tetas y culos, me producían un malestar casi físico, como si se me ensuciara el cerebro con porquerías indefinibles; me producía inquietud oírles hablar de las veces que se masturbaban o de los polvos que echarían a tal o cual actriz o cantante. Tampoco se piense que soy un mojigato; uno tiene sus deseos y hasta sus fantasías, pero sin llegar a la obsesión ni a la pasión libidinosa sin límites. Por eso estaba pegado a la falda corta de aquella mujer de curvas perfectas, cuya cara no había llegado a mirar, me di cuenta de pronto; no sabía si era guapa o fea, porque, sencillamente, no había visto su cara. Este aspecto me preocupó un poco: lo mismo era un cardo, la tía, y yo, como un imbécil, detrás de ella, suscitando tal vez la risa de quienes se dieran cuenta (quién sabe por qué misteriosos cauces) de que estaba persiguiendo a un callo. De inmediato pensé que daba igual la cara que tuviese, ya que estaba tan buena que todo lo demás era secundario. Además, no tenía intención de ligar con ella; solo la iba siguiendo para mirarla, para adivinar lo que ocultaba a duras penas

la falda que llevaba puesta. Por otro lado, era imposible que fuera fea, con ese cuerpo y esas curvas, con esa melena castaña clara que le caía por la espalda, ondulante, sedosa.

De pronto me acordé de Pío, y eso me impulsó a mirar el reloj, lo primero que miraba desde que comencé a ir tras la mujer que no fuera ella misma. ¡Joder!, pensé, ya casi es la hora. Menos mal que no estaba muy lejos de la cafetería. Deseé que mi perseguida fuera también allí, que fuera una amiga de Pío, su mujer, incluso, porque de ese modo no tendría que abandonarla al misterio de las calles, perderla de vista para siempre. Me estremecí al pensar esto último, considerando que la vida está llena de personas que se cruzan con nosotros por la calle y que luego se borran en el tiempo, en el trazado de las ciudades, para ocultarse de manera definitiva; aunque, tal vez, en la paradoja de su existencia, vivan muy cerca de nosotros. Esta mujer, por ejemplo, con sus muslos perfectos, podría ser mi vecina y yo no haberme dado cuenta: a diario veo salir y entrar en mi portal o en los de mi calle a gentes que me resultan desconocidas y que, en muchos casos, sin duda, serán habitantes de las casas en las que entran o de las que salen. Me entró de repente una urgencia incontenible por ver la cara de la mujer que caminaba delante de mí, ajena a mi persecución y a mis pensamientos, ignorante de mi cita inminente con un tipo que se llamaba Pío y que estaría en la mesa de una cafetería cercana, con una

carpeta roja cerca de él, esperándome para hablar conmigo de un coche que él quería comprar y yo quería vender; ignorante también de mis pensamientos obscenos acerca de cuál podría ser el color y la forma de su ropa interior, oculta bajo su falda corta. Vi en el reloj que quedaban cinco minutos para mi encuentro con Pío, y pensé que llegaría justo a la hora. Me desazonó, sin embargo, no saber cómo ingeniármelas para ver la cara de mi perseguida: si la adelantaba y me volvía a mirarla, se notaría que quería mirarla, sería muy descarado. Pensé, entonces, que lo mejor era desviarme por una calle perpendicular a la que transitábamos y salir luego por la siguiente, justo cuando ella pasara, para encontrármela de frente: era fácil; correría para avanzar lo suficiente y evitar que, al salir por la calle que había previsto, ella hubiera ya pasado. Así lo hice, y mientras corría por la acera con mi carpeta roja debajo del brazo, me vino a la mente otra inquietud: ¿cómo se llamaría esa mujer? Varios nombres me vinieron a la cabeza, sin orden y sin razón alguna: Elisa, Rebeca, Cristina, Paula..., ¡qué sé yo!, ¡pues no hay pocos nombres de mujer! ¿Y si se llamaba Pascuala, como una amiga antigua de mi madre? ¡Vaya horror, una tía tan buena con ese nombre tan feo! No era posible; las leyes de la concordancia y la armonía no podían permitir esa anomalía tan atroz. Además esa Pascuala amiga de mi madre era muy poco agraciada, sin duda como corresponde, por lógica, a quien tiene ese nombre. Me acordé de Mónica, mi

prima preferida, preciosa como su nombre (a mí, por lo menos, ese nombre me gusta mucho), y confirmé que existía una concordancia armónica que impedía que una belleza se llamara Pascuala o Bernarda, por ejemplo.

Terminé mi recorrido con el éxito que yo había esperado, ya que volví a salir a la calle de antes, varios metros por delante de ella, que se acercaba ahora a mí, con sus movimientos suaves y sus piernas seductoras, aunque ella no sabía que yo era yo; a sus ojos no dejaría de ser uno más de los transeúntes que se desplazaban en ese momento por la misma calle que ella, anónimos y efímeros: ni siquiera en el caso de que decidiera mirarme al cruzarse conmigo era probable que se acordara de mí después, a los cinco días o a los cinco minutos. Yo no era nada más que un personaje de ambiente que aparecía y desaparecía en un momento cualquiera de su vida, para darle consistencia al decorado y, después, desaparecer para siempre, ceder ese espacio a otros personajes de relleno. La miré en medio de mis pensamientos y vi que su cara se correspondía con el cuerpo que yo había estado persiguiendo. Era muy bella y tenía una mirada encantadora que se paseó distraídamente por mí y por el resto de personas que pasaron a su lado en el instante fugaz en el que ella se cruzó conmigo. Volví entonces a mi interrumpida persecución, con la certeza de que ya no había mucho más tiempo, porque ya casi era la hora de mi cita y porque ya veía, al final de la

calle, la entrada de la cafetería en la que tenía que entrevistarme con Pío. Se acababa, pues, el ir detrás de esa mujer, el sueño de mirar constantemente sus formas: ya lo he dicho; una cita es algo que no se puede eludir, y yo tenía una, dentro de un par de minutos. No había más remedio que perder de vista a mi perseguida, a no ser que ella entrara también en la cafetería. Ya era casualidad que, entre tantos días en los que, por un motivo u otro, yo salía a la calle, fuera este precisamente, el que estaba marcado con la cita para vender el coche, el elegido por ella para mostrarme sus muslos al bajarse de su automóvil, en una calle cualquiera de la ciudad en la que los dos vivíamos sin conciencia de nuestras respectivas vidas. Renunciar a mi cita con Pío no solo sería renunciar a vender el coche (y, por tanto, aplazar *sine die* la compra del nuevo, al que ya tenía echado el ojo), sino que también, y sobre todo, supondría renunciar a dos de mis más respetados principios: el de la puntualidad y el del cumplimiento de las obligaciones, aunque estas fueran motivadas por algo insignificante. Definitivamente, no podía seguir detrás de aquellas piernas que se habían cruzado en mi camino, y menos ahora que ya veía a pocos pasos la cafetería e incluso creía intuir, tras los ventanales que daban a la calle por la que yo iba, la figura de un tipo con bigote al que, no se me pregunte por qué, me empeñé en identificar con Pío. ¿Y si la mujer de las piernas golosas se llamaba Pía? ¡Qué horror! ¿O Ciriaca? Espantoso, solo de pen-

sarlo se me quitaban las ganas de seguir tras ella; manías que uno tiene. Así que, ante la puerta de la cafetería, y viendo que aquella dulzura visual pasaba de largo sin ninguna vacilación, miré con toda la intensidad que pude esas piernas que me habían hechizado, como queriendo grabar su imagen en la retina, y, desolado, entré en la cafetería, diciendo mentalmente: adiós, Ciriaca; si no te llamaras así, o, al menos, te llamaras Mónica, dejaría plantado a Pío. De soslayo la vi seguir su camino, a través de las cristaleras, y pensé que había tenido suerte, pues ella había ido todo el tiempo por el mismo camino que yo. Quién sabía, tal vez si volvía mañana o pasado mañana (o cualquier otro día) por esas mismas calles podría encontrármela de nuevo, mirar sus muslos, adivinar sus formas ocultas y preguntarle su nombre; con un poco de suerte se llamaba Mónica y no Ciriaca. Todo, entonces, sería distinto. Aún pude robar, un segundo, su imagen, antes de que desapareciera más allá de los ventanales de la cafetería; pero qué buena está, pensé. A mi lado, con una sonrisa de oreja a oreja y una carpeta roja bajo el brazo, un hombre no muy alto, con poco pelo y pulcramente afeitado, me miraba ofreciéndome su mano para saludarme: era Pío, el comprador de mi coche.

Jesús Pino

Páginas de mi diario

26-IV-2006

Cuando me hablas con el corazón en la mano,
el espanto me impide
apartar la mirada de tu órgano sangrante.
Me pregunto, horrorizado,
¿cómo estás viva aún? ¿cómo has podido
sacarte el corazón tan fácilmente?
Tú continuas hablando, hablando sin parar,
hablando mientras cae
la sangre, gota a gota, en medio de nosotros.
Con estupor contemplo el agujero de tu pecho
por donde te sacaste la víscera que ostentas
en tu mano extendida.
-Los protocolos del amor,
de la sinceridad, de la verdad,
¿exigen tales náuseas?-
Mi estómago está al borde de la arcada.
Y mi rostro tendrá tal palidez de cera
que, y no me explico cómo,

Jesús Pino

has colocado nuevamente el corazón allí,
donde ha de estar el corazón, y has reclinado
sobre él mi cabeza y su vértigo,
y ahora escucho su ritmo y me enamora
tu silencio de carne femenina
sin metáforas místicas
ni románticos gestos.

29-IV-2006

De fondo una avenida de París : éste es el fundamento de la ciencia de los lirios y de las mariposas; la anomalía del útero del átomo y su estirpe de oscura gravedad; éste es el vaivén de las genealogías del mirlo y del topacio, de la críptica perla y la radiante acuosidad de la naranja. Éste es el pie de rey y el error de la esfinge. El contraluz del astrolabio...

4-V-2006

Para evitar contratiempos poéticos en un auto de fe contemporáneo debería procederse al estrangulamiento de la rosa, a la castración del cisne y al vaciado del mar y sus mariachis. Seguidamente guillotinar la infancia, descoyuntar los labios del silencio y rellenar la nada con letrinas. Y así seguir hasta que se restauren los idiomas del guano, la sintaxis del junco y la lógica oval de los salmones.

17-V-2006

fragmentos nocturnos:

1

Como autóctonos ácidos oscuros ladran las noches
a los rastros de olores y humedades
- un perfume agridulce de culebra,
un sudor mentolado de vagina,
una colonia amarga, una saliva azul
de un astro o una niebla-

2

Alguien, en medio de la noche, tiembla
porque tiembla la noche.
Porque toda la noche es un temblor inconsolable que
penetra en las hierbas y en las plumas,
en el neón luciente y en los oráculos del alcohol.
Es una impiedad antropomórfica
transferir los ladridos a los perros
que sufren las histerias de los buhos
y el escándalo oral de las lechuzas.

3

Son los huesos nocturnos y las lenguas nocturnas y
los sexos bruñidos de la noche quienes velan des-

piertos en su materia negra frente al cercano aliento de una desesperanza o de un insomnio.

20-V-2006

Ese páramo frío y yermo que produce la matematización de un fenómeno físico...

Nos esperan las lluvias y los atardeceres. Lluvias para la melancolía. Atardeceres para la paz de la memoria. Llegaremos, al paso, debajo de las aguas verticales y nos será difícil recordar los nombres de los pájaros que encendieron la luz en los jardines de la sangre. No hay palabras sencillas en la delicadeza decadente de un atardecer. Llegaremos a la frutal leyenda del crepúsculo con las caderas del corazón enfermas de presencias que fueron densidades de cuerpos y caminos. A la sensual debilidad de los colores, del aire fatigado por los ríos. Pondremos en la tierra la costumbre de contemplar la vida como un sueño veloz e inexplicable, o acaso tan sencillo que resulte imposible formular la pregunta que anule la respuesta en su conjunto. Debajo de la lluvia descansarán sus fugas los peces perseguidos, la borrosa distancia de la luna, las antiguas bellezas de los versos, los incendios marchitos de las rosas. Descansarán, desnudos del retórico afán del espejismo. Y mientras haya luz habrá una puerta por donde entren las lluvias y el baile de las nuevas golondrinas.

María Antonia Ricas

Texturas (o Henry Moore)

I

Piedra que levantara el viento,
que dejara al viento indagar
en lo poroso. Este es mi cuerpo
reclinado Moore. Tú me hablas;
antes de refinar el mármol
hay deseos que habitan carne,
entran en las fisuras, huelen
en la pelvis, es la intrusión
que permanece cuando pule
el viento.

No estoy cansada,
háblame. Me apoyo en el brazo
poco precavida y retiro mi pelo
con el otro.

Háblame, es el viento que quiere
mi cuerpo, ¿no lo ves?, escucha.

II

En una concha vertical,
abrazadora, el ojo
del pájaro anidando es aire,

para qué meditar,
sólo inminencia tan nerviosa
del vuelo.

Por un instante el nido cubre
secretos;
el pájaro saca con el pico
el día de ignorar la muerte,
el día de entregarse a ser
existencia.
En algún lado de lo cóncavo
la señal
del pico de sus padres
tiene un leve recuerdo sin lágrimas.

Son aire respirado.

Se aman así casi cien años.
¿No te asombra cómo desoyen
también a la muerte?

María Antonia Ricas

III

(Dibujo de niña leyendo a madre e hijo (1946))

Ante la luz de la ventana
soy la niña leyendo, reco-
nozco a la madre, a ese bebé
que la contempla enamorado.

Ella escucha mi voz,
la voz margarita de nuestra
madre.

Crecen cabezas de marchados
queriendo oír.
Leer enlentece la tarde,
leer en alto; el niño busca
con la mano el pecho blanquísimo,
abre bien los ojos, le queda
tiempo para el cansancio.

Sé que mi voz reúne; ven
de la tierra,
antiguamente un muerto
alimentaba. Ven ahora,
cuerpo reconstruido, cuerpo
oyente.

María Antonia Ricas

y sé que mi voz nos recuerda
al fino gesto de encantar
a las serpientes del misterio.

Tú ya lo juegas con tu hijo.

María José Vioque

el invierno en san justo

XII.

El frío y yo.

Recuerdo nuestro amor,
el comienzo,
su principio
como cuando destapas
la cápsula de plástico de una botella de butano.
Empezó naranja, azul, con color,
y poco a poco se fue dispersando por la habitación,
más tarde llegó al salón
y terminó dando color a toda la casa.

María José Vioque

Seguimos coloreando,
volvemos al naranja a veces tiene ocres,
pero siempre es cálido,
es un amor que necesita
ser
calentado
ser
tratado y mimado.

Amor con elementos gaseosos
que no dejan fugas
sólo van sentando
poco a poco
esos posos que el querer trae.

Ahora que llega el calor
nos seguimos arrimando sudorosos de placer
al gusto,
al olfato
activamos nuestros mil sentidos
para tapar sin límites y
con cuidado
nuestro querer embasado
en aquella botella de butano
de un invierno lejano y próximo
junto a nosotros.

Andrés Ortega Martínez

Greguería Manchega

El parricidio no es matar a una parra,
así como los machistas no son aquellos
que leen a los hermanos Antonio y Manuel.

Valencia sumergida

Entre finas calles,
húmedas por dejar varado a un sol nacido de sus pla-
yas,
se cobijan adoquín, salitre y tahonas.
Anacrónicos ultramarinos
y viejos talleres se mantienen inalterados
junto a tiendas de diseño.

Andrés Ortega Martínez

Restaurantes de menús agrios en su cuenta
cohabitan con el bar de toda la vida.
Y fue también en este lugar
donde una bicicleta nació ya muerta.

Sobre los tejados,
crecen campanarios luchando por la luz
que hacen sonar el cielo.

Aquí se codean gentes trajeadas,
con otras de bolsillo roto;
coches lujosos,
con carros de cerveza.

Subiendo por la calle de la Paz veo
mujeres enjoyadas de dentadura ecuestre.
Saliendo de hacer la compra del Día
están los chatarreros del cobre.
En la plaza redonda:
perros bajo chaquetas escondidos.
Junto a los Santos Juanes:
un mercado de objetos extravagantes.

Como cada lunes,
la parroquia de San Nicolás reúne a beatas,
que entran a misa evadiendo la mirada
de esos que forman ya parte
del paisaje urbano:

Andrés Ortega Martínez

el señor tripón de bigote y gorra
que fuma y vende estampitas,
y Teresa,
recostada y llena de lamparones.

Anochece.
Aún cuando todo duerme,
las calles,
casi siempre animadas,
no dejan de recibir a transeúntes.

La plaza que luce a Neptuno entre acequias
colecciona a aquellos que no quieren recogerse,
es como si siempre hubiese allí almas vigilantes
entre guitarras callejeras y despeinados.
No falta alguna que otra pareja
hombro con hombro
como quienes comparten un mismo paraguas,
mostrando en su caminar acelerado,
que no se rinden ante el embrujo de la luna,
sino que por contra,
quieren esperar hasta veda como mengua,
sólo que desde una cama,
castigada por excesos.

Homenaje a RAMÓN.

Habitante perpetuo de esta villa,
Te escribo una carta para madrileñear.
Para cumplir el sueño de subir contigo
la coqueta y sonriente
Calle de la Montera.

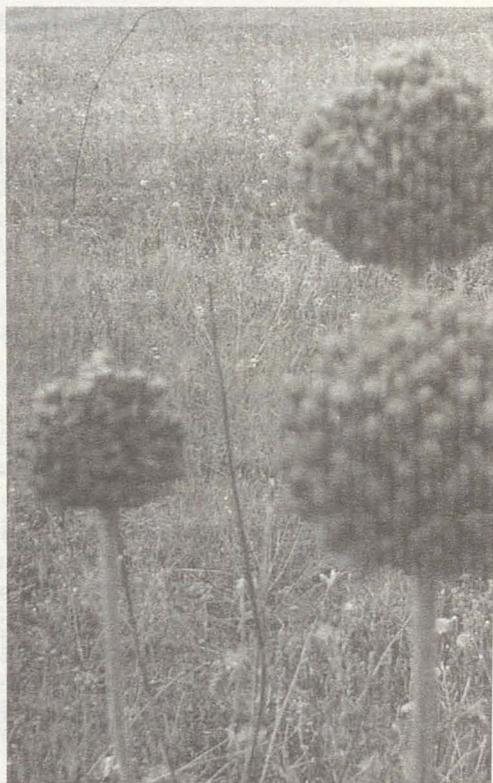
Quisiera decirte en nuestro caminar sobre palabras
que los yesos de balcones que un día viste
llamativamente nuevos
ya han ennegrecido,
que entre las distantes aceras
transitadas sin prisa de tu tiempo
reinan ahora máquinas humeantes
que exterminaron al tranvía.

Te informo asimismo de que siguen viviendo aquí
la Puerta de Hierro y la calle Alcalá
por si quieres ir a verlas,
aunque están desmejoradas.
Del Rastro dicen las malas lenguas que tiene Alzheimer,
pero yo hace mucho que no lo veo.

Las tabernas y churrerías no son lo que eran,
y lo más parecido a las posadas llenas de extremeños
son los centros de acogida.

Andrés Ortega Martínez

Nos despedimos al llegar al final de la calle.
Tú te marchas, otros ramones te esperan en el Pombo.
Y yo continúo mi viaje entre el empedrado de Madrid.
Desde tus palabras.



Justo Monroy Pérez

Nueve toledanos borrachos y tres en la Luna

-Ramón, dos con Cola-Cola y uno con limón.

Naturalmente, son tres de Matusalem, sabroso elixir de diez años que nos sedujo a todos hasta dejarnos prendados del ron. Siempre amable, Ramón nos invita a sentarnos y sirve la copa con generosidad. Es la una de la noche, punto de inflexión, a partir del que el Jacaranda poco a poco se vuelve todavía más íntimo. Aún así, nos cuesta ir buscando sillas para los que tienen que llegar.

El siguiente es Óscar Luis. Casi una vez al trimestre le convencemos para que deje a mujer y prole en casa, y llega desbocado. Cuando abre el portón rojo de madera, decenas de ojos intentan reconocerlo por un instante. No interrumpe las animadas conversaciones que sin dificultad se superponen sobre el volumen agradable de la música. Con paso decidido, Óscar, atraviesa una ligera nube de humo, esquiva a algún cliente habitual y le da tiempo a reclamar a Ramón la cuarta copa golpeando con su puño la vieja barra. A

su lado, una periodista les cuenta a sus amigos sus últimas experiencias en Jerusalem. En otra mesa, un grupo de actores valora la política cultural de la Junta.

-Ahora estoy con uno de ficción histórica -Juan empieza a contarnos uno de sus rollos de los cuentos que escribe, con los que intenta ganar concursos-. Investigando unos documentos masones, el prota trata de averiguar las coincidencias de tres personajes históricos de la ciudad. Al final, descubre que los tres han llegado a la Luna antes que los americanos. Con unos mapas del satélite...

A pocos parece atraernos el supuesto misterio. Para cuando media hora después llega el último, Eduardo, ya vamos algunos por el segundo Matu acompañado de una tabla de quesos y otra de esos patés que elabora Ramón de forma artesanal. La música de Krahe eleva el tono literario de Luismi. Hay algún flasazo por diversas mesas. Una guiri sale tras la cortina, sorprendida del antiguo servicio de puerta corredera.

El Jacaranda es uno de los bares más antiguos de Toledo. Sobre su extraña puerta, pende un cartel que fecha su nacimiento en 1968. El local es poco más que un pasillo en forma de ele, con mesas de madera y clientes bohemios y habladores. Sobre sus paredes, un tanto desconchadas, penden posters de cuadros modernos; algún Zóbel y varios Klimt, que no desentonan con la decoración de los rincones llenos de de-

talles antiguos. En uno, junto a la estufa de gas, hay un lavabo manchego. A la derecha de la barra, existe un mostrador de ultramarinos donde se guardan las viandas. ¿Y qué decir de la máquina registradora de céntimos de peseta?

Ramón, siempre tan comedido, charla con unos y otros. En ocasiones se sienta con los más conocidos. Si algún día le diera por escribir en sus memorias lo mucho que ha escuchado en el bar, seguro que rompía más de un matrimonio.

A la amiga de hoy de Juan, artista ésta, ni le sonaba el local. En Toledo, el Jacaranda sigue siendo un bar poco conocido, tras tres décadas. Pero si el Jacaranda estuviera en París, sin duda que sería un local famoso entre el mundo bohemio. Pero esta es una ciudad en la que pocos aprecian más arte que el escrito hace siglos y en las piedras.

Charlamos al principio de literatura. Las chicas hablan de pisos y mientras ellas se descuidan, se emprende una lucha inconsciente entre solteros y casados por hablar de las últimas conquistas o de actrices porno. Llega el momento en el que Juan se aburre y trata de integrar a las féminas en la conversación. Entonces, recuerda una historia de miedo que le acaban de contar.

-La tía estaba recién divorciada -va narrando-, y veía cosas raras. Pero pensaba que eran cosas suyas.

-Joer, Juan, no cuentes esas cosas, que luego tengo pesadillas -le intenta cortar infructuosamente

Susana. Hasta su propio marido, el más interesado en escuchar la historia, pasa de ella.

-Pero un día su hijo de cuatro años, comienza a hablar solo -prosigue la narración-. '¿Con quién hablas?', preguntó ella. 'Mamá, con la sombra que hay en casa', respondió el crío. Ella estaba bastante mosqueada, pero prefirió no hacer caso. Hasta que un día, el niño hizo un dibujo precioso. La madre preguntó en el cole y entre los vecinos. Nadie se lo había dado. Al final, la jodida criatura le dijo que había sido su amiga la sombra. Total, que ella hizo las maletas y se cambió de casa. Si alguno le interesa, ésta se alquila, y yo sé dónde está. ¿Otra historia?

Susana hace un gesto de desesperación e intenta cambiar de tema. Ahora sí, se interesa por la vena literaria de su amigo.

-Venga, anda, cuéntame... ¿Qué tres toledanos han llegado a la Luna?

Eduardo, que faltó al inicio de la conversación, se muestra muy interesado. Como buen físico, es un freaki de la astronomía, y tiene alguna idea de lo que se está hablando, pero interroga a su manera.

-Estrictamente hablando, están en la Luna, pero no han llegado hasta allí -afirma con aire prepotente. Evidentemente, sabe de qué está hablando su amigo y quiere darse importancia entre los demás. Así que Juan cuenta el secreto de la trama.

-Tanto Azarquel, como Alfonso X el Sabio y El Greco, tienen su propio cráter en la Luna. Cuando el

bueno lo descubre, no tiene más que trazar en el mapa...

Con la cuarta copa, se cumplen las tres y media, y al dueño de nuestro local favorito comienza a entrarle sueño. Bosteza y lanza uno de esos «¿Es que no tenéis casa?». A Alberto le cuesta unos segundos vencerle de que nos sirva la última y nos dé diez minutos de prórroga. Diez minutos, que sabe que será media hora, como siempre.

Koma Etílico

Sonaban los Ángeles del Infierno y corría la cerveza. El bar estaba lleno con los parroquianos habituales riendo y llorando de sus cosas. Pero era una noche especial, porque por primera vez en mucho tiempo, no faltaba nadie del grupo. Era su aniversario y se habían reunido, nostálgicos, a tomar cervezas y contar viejas batallas.

Un poco bebido y cansado de la voz aguda, se dirigió a la barra esquivando gente.

-¡Ximo, pon los Maiden! -exigió al camarero que, como siempre, pareció ignorarlo.

Allí sentado, el borracho se sintió feliz. No habían sido buenos los últimos años para el grupo. Mujeres y niños los habían separado. Algunos habían tenido problemas de alcohol, y cuando por allí se pasa-

ban eran seres solitarios que ahogaban sus penas en la cerveza, sin la alegría de antes y sin querer hablar con nadie.

Pero aquella noche, no faltaba nadie. Recuperó su sitio con dificultad. Y escuchó. Como en un dejavú, le pareció haber oído antes todas las palabras, recuerdos y brindis. Normalmente hablador, en aquella ocasión el alcohol le impidió que su voz acallara las palabras de los otros.

Y aquella noche supo la verdad, cinco años después. Aquella no era una celebración alegre. El aniversario del grupo no había juntado a todos, sino algo más triste, como el recuerdo de su fallecimiento, en el bar, a manos del dios Baco.

Yago Rodríguez Yáñez

«Ó meu amigo»

Na túa palabra non existe
a escuridade.
Só a fermosura do silencio,
agora que non podo escoitarte.
Lembro a tristura
dos teus saloucos,
instantes antes de rematar.
Da terra recén ferida
agroman os salaios
do pasado;
dos teus versos,
o arrecendo dunha estirpe milenaria.
Naqueles cantís,
onde a herba case nin existe,
ternos soñado xuntos.
Pero o tempo non agardou por ti.
A carón dos lonxanos penedos,
sentiamos o agarimar do remo

sobre o mar calmo e lene.
Daquela aínda non miraba
para as estrelas.
As augas enfádanse
ó non poder escoitar
o feitizo da túa voz.
A soidade resulta
máis inmensa
sen a túa compañía.
Supoño que poderemos
falar de novo, algún día,
e volver camiñar
por aqueles vieiros,
xa sen soidade.
Ensináchesme o nome
das árbores e dos paxaros.
Ti fuches o meu mestre,
meu amigo. Meu amigo...
Agora si podo mirar
as estrelas.
A máis recente
leva as túas ilusións,
por sempre estragadas.
Non quero crer na
túa morte, nese golpe
seco que volveu moura
a terra que tanto amaches.
Lembro a túa mirada
limpa e nobre;

Yago Rodríguez Yáñez

os teus versos,
espallados coma cinzas
polo mar no que traballaches.
A espuma repite unha mesma palabra:
Lembranza.
A única verdade
que perdura é
a túa ausencia.

A mi amigo:

En tu palabra no existe/la oscuridad./Sólo la hermosura del silencio, ahora que no puedo escucharte./Recuerdo la trizteza/ de tus sollozos, /instantes antes de acabar./De la tierra recién herida/brotan los suspiros/del pasado;/de tus versos./la fragancia de una estirpe milenaria./En aquellos acantilados./ donde la hierba casi ni existe,/hemos soñado juntos./Pero el tiempo no esperó por ti./Al lado de las lejanas rocas,/sentíamos el acariciar del remo/sobre el mar calmo y suave./Entonces aún no miraba/para las estrellas./Las aguas se enfadan/al no poder escuchar/el hechizo de tu voz./La soledad resulta/más inmensa/sin tu compañía./Supongo que podremos/hablar de nuevo, algún día,/y volver a caminar/por aquellos senderos,/ya sin soledad./Me enseñaste el nombre/de los árboles y de los pájaros./Tú fuiste mi maestro,/amigo mío. Amigo mío.../Ahora sí puedo mirar/las estrellas./ La más reciente/lleva tus ilusiones,/por siempre estropeadas./No quiero creer en/tu muerte, en ese golpe/seco que volvió negra/la tierra que tanto amaste./Recuerdo tu mirada/limpia y noble;/ tus versos,/esparcidos como cenizas/por el mar en el que trabajaste./La espuma repite una misma palabra:/Recuerdo./La única verdad/que perdura/es tu ausencia.

«Felicidade»

Xuntos, calados, ausentes.
Nada permanece.
Os meus ollos escoitan
a ferverza do teu cabelo.
Porque sen ti
non existiría nin a auga,
nin o ceo, nin moito menos
os prados que medran
a carón do mar.
Contigo non lembro
as tristuras pasadas,
que ás veces fondean
no máis profundo
do meu ser.
Mirándote, o enigma
da beleza carece de sentido.
As túas apertas son doces
coma as follas
que bican a terra.
Quero escoitarte:
maina, coma unha onda
silenciosa, e forte, semellante
ô vento que aínda zoa,
nas noites de inverno.
Na túa palabra
se agocha a ledicia,

pero tamén o silencio,
cando estás durmida,
tecendo por sempre
na escuridade.
A vida palpita
nos teus ollos,
criatura que calmas
cos teus beizos
os lóstregos de tristura.
O infinito son
montañas espidas,
terra mol e lene,
onde non reside
sombra ningunha.
Vales inmensos,
de herbas e flores adornados,
espertan no teu sorriso,
cunha ternura infinda,
sen comezo e sen final.
¡Ouh, música eterna,
que espalla sentimento
a cada intre,
en tódolos currunchos
da existencia!
A vida reside
en dous corpos
que se chaman ó unísono,
coma dúas estrelas sen retorno
que esperanzadas se desfán

nun mesmo ancelo.
Quero achegarme
ó teu misterioso océano,
de augas limpas e nobres,
cristalinas, e así arrolarme
coma un neno no teu berce
de quietude imperecedoira.
Es sinxela
coma unha bolboreta
que camiña entre as roseiras,
máis lonxana aínda, e aínda máis...
Os teus xestos lembran
sendeiros percorridos
polo sol, agarimados
pola morriña da lúa
ó amencer.
Non, contigo todo
é fermosura,
brillante feitizo
que me absorbe
nun pequeno rego
que canta a carón do millo.
Precipítome nos teus cabelos,
na profundidade inmortal,
sen dúbidas, en silencio.
Os teus brazos póusanse
como ás de cormoráns...
Xuntos, calados, ausentes.
No fondo, nada permanece.

«Felicidad»

Juntos, callados, ausentes./ Nada permanece./ Mis ojos escuchan/la cascada de tu cabello./Porque sin ti/no existiría ni el agua,/ni el cielo, ni mucho menos/ los prados que crecen/al lado del mar./Contigo no recuerdo/las tristezas pasadas,/que a veces se posan/en lo más profundo/de mi ser./Mirándote, el enigma/de la belleza carece de sentido./ Tus abrazos son dulces/como las hojas/que besan la tierra./Quiero escucharte:/tranquila, como una ola /silenciosa, y fuerte, semejante/ al viento que aún susurra,/en las noches de invierno./En tu palabra/se esconde la alegría,/pero también el silencio,/ cuando estás dormida,/tejiendo por siempre/en la oscuridad./La vida palpita/en tus ojos,/criatura que calmas/con tus labios/ los relámpagos de tristeza./ El infinito son/montañas desnudas, /tierra blanda y suave,/ donde no reside/sombra ninguna./Valles inmensos,/de hierbas y flores adornados,/ despiertan en tu sonrisa,/ con una ternura ilimitada,/ sin comienzo y sin final./ ¡Oh, música eterna,/que esparces sentimiento/ a cada instante,/en todos los rincones/de la existencia!/La vida reside/en dos cuerpos/que se llaman al unísono,/como dos estrellas sin retorno/ que esperanzadas se deshacen/en un mismo anhelo./Quiero acercarme/a tu misterioso océano,/de aguas limpias y nobles,/ cristalinas, y así mecerme/ como un niño en tu cuna/de quietud imperecedera./ Eres sencilla/como una mariposa/que camina entre los rosales,/ más lejana aún, y todavía más.../ Tus gestos recuerdan/senderos recorridos/por el sol, acariciados/por la melancolía de la luna/al amanecer./No, contigo todo/es hermosura,/brillante hechizo/que me absorbe/en un pequeño riego/que canta al lado del maíz./ Me precipito en tus cabellos,/en la profundidad inmortal,/sin dudas, en silencio./Tus brazos se posan/como alas de cormoranes.../Juntos, callados, ausentes./ En el fondo, nada permanece.

á tristura do mar»

A miña chalana é un anaco
de silencio nos prados de espuma.
Xuntos, ferimos lenemente as augas.
Nos outeiros de Rueta,
os cabalos seguen a pastar.
Un labrego mira ó lonxe,
case sen remedialo.
Semella que o océano
escribe o teu nome.
Nas noites estrelecidas,
cando as sombras
non rematan,
e polos sendeiros
se escoitan risos e bágoas,
a miña barquiña
se desliza polas augas,
cada vez máis cansa...
Poida que sexan un soño,
talvez unha lembranza,
aqueles murmurios dos grilos,
que entón se escoitaban.
Penso nos susurros das ondas,
no silencio da chalana,
nos teus ollos claros...
mentres navego na túa mirada.

Yago Rodríguez Yáñez

«Oda a la tristeza del mar»

Mi barca es un trozo/de silencio en los campos de espuma./
Juntos, herimos suavemente las aguas./En los cerros de
Rieta,/los caballos siguen pastando./Un labrador mira a lo
lejos,/casi sin remediarlo./Parece que el océano/escribe tu
nombre./En las noches estrelladas,/cuando las sombras/no
acaban,/y por los caminos/se escuchan risas y lágrimas./mi
barquita/se desliza por las aguas,/cada vez más cansada.../
Puede que sean un sueño,/tal vez un recuerdo,/aquellos mur-
mullos de los grillos,/que entonces se escuchaban./ Pienso
en los susurros de las olas,/ en el silencio de la barca,/en tus
ojos claros.../mientras navego en tu mirada.

«As gaiivotas»

*Ó meu pequecho sobriño Pablo,
quen ama os paxaros e o vento.*

Ti viaxas polas paisaxes da terra,
criatura fermosa,
como as aves polo vento.
Amas as árbores,
cando aloumiñan os regatos
coas súas follas,
e os mares antigos e eternos,
calmos, polo teu sorriso.
Es inocente, meu meniño,
coma unha brizna de herba.
Na túa mirada escóitase
a sabedoría da natureza.

Yago Rodríguez Yáñez

Mentres miras o silencio,
pensas na brancura das gaivotas,
derradeiro ocaso do día
que recolle a súa plumaxe.
Durme, Pabliño, e descansa
para que o día cale.
Mañá escoitarán
de novo os paxaros
e o vento o teu silencio.

•Las gaviotas•

*A mi pequeño sobrino Pablo, / quien ama los pájaros y el viento.
Tú viajas por los paisajes de la tierra, / criatura hermosa, / como
las aves por el viento. / Amas los árboles, / cuando acarician los
riachuelos / con sus hojas, / y los mares antiguos y eternos, /
calmos, por tu sonrisa. / Eres inocente, mi niño, / como una brizna
de hierba. / En tu mirada se escucha / la sabiduría de la
naturaleza. / Mientras miras el silencio, / piensas en la blan-
cura de las gaviotas, / último ocaso del día / que recoge su plu-
maje. / Duerme, Pablito, y descansa / para que el día calle. /
Mañana escucharán / de nuevo los pájaros / y el viento tu si-
lencio.*

Reyes Santiago Ostos

quién eres?

Gerardo giró la cabeza. Allí estaba. Lo sabía. Sabía que la encontraría allí, como todos los días, sentada en el mismo sitio y con un libro abierto en las manos. La contempló. Hoy llevaba una falda roja hasta los pies y unas botas altas de color negro. La chaqueta desabrochada dejaba ver un jersey rojo con algunas manchas negras.

Como todos los días pasó por delante de ella y se paró unos metros más allá de donde estaba sentada la chica que leía para observarla bien.

Tendría unos 20 años, era morena, con el pelo rizado cayendo en cascada por sus hombros y espalda.

Los ojos más verdes que nunca había visto y los labios pequeños pintados de rosa brillante. Las manos que sostenían el libro dejaban ver la blancura de su piel. Manos perfectas de dedos largos acabados en una perfecta manicura francesa que delataba que su trabajo no era manual.

De pronto algo nuevo llamó la atención de Gerardo.

Se fijó más en sus manos, esas manos que veía a diario pero que hoy mostraban algo nuevo y sorprendente.

En su dedo anular brillaba un pequeño diamante engarzado en lo que muy bien podía ser platino. Se fijó más en ese anillo que no había visto antes en los seis meses largos que llevaban coincidiendo en aquella estación de metro.

Seguía el mismo ritual todo los días desde aquel primero que la vio por primera vez, la observaba en silencio mientras esperaban el tren y ese anillo que ahora lucía en su mano no lo había visto nunca. ¡Claro que los usaba! Pero no ese. Su corazón empezó a latir con fuerza a un ritmo acelerado. ¿Un anillo de compromiso? La pregunta restalló en su cerebro. ¡Sí! Tenía toda la pinta. No se había parado a pensar en que aquella chica a la que veía a diario tenía vida propia una vez fuera de la estación. Sólo la veía diez o quince minutos al día, sentada allí en el mismo sitio todos los días con un libro en las manos y luego observaba cómo se levantaba para esperar que el tren parase y subirse al vagón. Él siempre entraba por la puerta de al lado y así la perdía entre la muchedumbre.

Se levantaba. Hoy no se paró a contemplarla como de costumbre. Tuvo el impulso de ponerse a su lado y entrar detrás de ella. No, hoy no la perdería de vista. Un pasajero los separaba, pero Gerardo la veía perfectamente. De pronto la chica dirigió la mirada hacia donde él se encontraba y sonrió. Seguro que le había

sonreído a él. Se quedó parado, sorprendido y sin saber qué hacer. Le devolvió la sonrisa. Desvió por un momento la mirada.

Llegaba su estación. El tren comenzaba a entrar en la estación donde Gerardo tenía que bajarse. La chica seguiría en el vagón, inmóvil como todos los días. Las puertas se abrían. Gerardo no podía moverse. No podía dejar de mirar aquella figura cercana. Las puertas iban a cerrarse. Gerardo dio un salto y salió al andén. Se quedó parado viendo cómo se alejaba el tren y en él, la chica. Seguía allí parado sin saber qué pensar. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué le había pasado? Iba a llegar tarde al trabajo.

Siguió su camino como todos los días. Llegó al despacho. Ese era uno de esos días en que se tropezó por los pasillos y en el ascensor con todo el mundo. Tuvo que saludar y poner cara de saber con quién hablaba de cosas tan inútiles como el tiempo o el partido del sábado ¡Con lo que le importaba a él hoy todo ese rollo! Tenía otras preocupaciones. Una vez sentado ante el ordenador se paró a pensar. ¿Por qué? ¿Qué le había ocurrido al ver ese anillo de compromiso? ¡Si es que era un anillo de compromiso! No entendía nada. Pero no era capaz de ponerse a trabajar. Seguía pensando en la chica ¿cómo se llamaría? ¿Dónde trabajaría? ¿Dónde viviría? No muy lejos ya que coincidían en la parada. No, espera, puede que haga trasbordo en esa estación, allí paraban dos líneas más de la que cogían a diario. ¿Viviría cerca o lejos de su zona? ¿Con

quién viviría? Muchas preguntas. Pero lo que más le inquietaba era esa preocupación que de pronto le había surgido al ver el anillo.

Era una mujer con la que no había cruzado ni una palabra en su vida, una mujer a la que veía a diario, pero al igual que veía a diario a la vendedora de la prensa o a las dependientas de la panadería o a muchas de las que trabajaban en aquel edificio. No sabía nada de la vida de esas personas, bueno, sólo donde trabajaban, pero nada más, de algunas ni siquiera su nombre.

Seguía dándole vueltas al asunto. Si ese anillo era de compromiso quería decir que tenía novio y que quizás se fuera a casar pronto. Si era así a lo mejor se iba a vivir a otro sitio y no la volvería a ver. Ese pensamiento lo horrorizó. Hizo que su corazón parase de golpe y que le dieran punzadas en el estómago y su cabeza estallara. ¿Cómo iba a vivir si no la volvía a ver? ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué le pasaba?

La puerta del despacho se había abierto. Era su secretaria que venía a informarle de que la reunión se había adelantado y sólo tenía diez minutos para coger el informe y llegar a la sala de juntas. ¿Reunión? ¿Informe? ¿Qué le importaba a él todo aquello? Sólo le importaba lo que acaba de descubrir, toda esta desazón, todo este malestar, todos estos pensamientos eran porque estaba enamorado de la chica. ¿Cómo podía estar enamorado de una persona a la que sólo veía unos minutos al día?

Su secretaria seguía hablando. ¿Qué decía? No la oía, sólo oía su corazón golpeando con fuerza en su pecho y ese ¡estás enamorado, estás enamorado! martilleando en sus oídos y en su cabeza.

Marta se acercó a él y le pasaba la mano por delante de los ojos para llamar su atención.

- ¿Qué le pasa, señor Requena? ¿Se encuentra bien? Gerardo levantó la cabeza y la miró. Su cara reflejaba desconcierto pero pudo preguntar:

- ¿Qué?

- Le estaba preguntando si se encuentra usted bien.

- ¡Ah! Sí, sí. ¿Qué me decía?

- La reunión se ha adelantado. Le quedan seis minutos - miró su reloj - para llegar a la sala de juntas. Le acercaba el informe que debía exponer en la reunión.

Se repuso de inmediato. Se levantó, recogió el informe de las manos de su secretaria y salió del despacho.

No se paró a pensar en la chica, si lo hacía estaría perdido. Se concentró en el informe. Una vez en la sala de juntas e inmerso en el trabajo se olvidó de ella hasta el final de la jornada. No tuvo tiempo de pensar en ella ni siquiera durante la comida. Le tocó comer con los directivos que habían quedado tan impresionados con su informe que quisieron seguir conociendo sus opiniones y sus sugerencias con más detenimiento.

Al entrar de nuevo al metro para volver a su casa se acordó de ella. No coincidían nunca a esas horas,

sólo por la mañana. ¿A qué hora saldría del trabajo?

Comenzó a hacerse las mismas preguntas que por la mañana. Pero ahora era diferente, ahora sabía por qué se las hacía.

Llegó a su casa. Se fue directamente al baño y abrió el grifo del agua fría. Se miró en el espejo. Se agachó sobre el lavabo y se echó agua en la cara. El agua fría le devolvió algo de su ser. Se volvió a mirar en el espejo y su reflejo le pareció raro. No era él el que estaba allí reflejado. Parecía otro.

Salió del baño. Su primer impulso fue servirse algo de beber. Algo fuerte. Miró qué tenía. Ron, whisky, ginebra... No le apetecía nada. Se fue a la cocina. Abrió la nevera y cogió una cerveza. No había que exagerar. Se dejó caer en el sofá. ¿Qué haría? Tenía que hacer algo.

¿Cómo se podía haber enamorado así de una chica a la que no conocía? ¿Cómo era posible algo así? ¡Pero si él no se había enamorado nunca! Claro que había salido con chicas pero no se había enamorado de ellas, le gustaron sí, quizás también se había encaprichado de alguna pero no se había enamorado, no, nunca se había enamorado.

Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Podía entablar conversación con ella mañana en cuanto la viera en la estación del metro, allí en su banco de siempre.

¿Y si no iba? ¿Por qué no iba a ir? No tenía por qué no ir. Mañana sería un día como otro cualquiera y había que ir a trabajar. Como todos los días desde aquel

que coincidieron por primera vez. Sí, mañana la volvería a ver y tenía que hacer algo.

Se quedó dormido en el sofá sin haber decidido qué es lo que tenía que hacer.

Hoy se había levantado más temprano que de costumbre para llegar antes que la chica y colocarse en el camino que seguramente seguiría hasta el banco donde se sentaba todos los días y, efectivamente, por allí venía. Y ahí estaba él, mirando con embeleso la figura femenina que se acercaba a su posición. Se había colocado cerca del banco donde se sentaba la chica, en cuanto pasara junto a él le daría los buenos días y así entablaría conversación. Estaba decidido, en cuanto estuviera a su lado, le hablaría y ...

La chica giró la cabeza justo al pasar a su lado sonriéndole de la misma manera que el día anterior. Gerardo se quedó petrificado y no fue capaz de articular palabra. Sólo mirarla con embeleso. Mismo ritual de todos los días. Ahora sentado en su despacho se recriminaba lo lelo que había sido.

Mañana, mañana será otro día y no le pasaría lo mismo. Por la noche prepararía lo que tenía que decirle y no dejaría que su sonrisa lo dejara cao.

Aquel día estaba preparado. Esperaba impaciente la llegada de la chica, por allí venía. La vio preciosa. En el momento en que la chica iba a pasar por su lado, el pitido del tren haciendo su entrada lo sorprendió. La chica no llegó a su altura. Se giró hacia el andén y esperó que el tren terminase de parar. Subió al tren.

Gerardo se había quedado parado, mirándola, observándola. Casi pierde el tren. Otra vez sin decirle nada.

Viernes. No podía dejar que se le escapara hoy porque mañana sábado no trabajaba. Era su última oportunidad. Tenía que ser hoy. No podía dejar pasar la oportunidad. Hoy no le interrumpiría nada ni se quedaría aletargado por la sonrisa adorada. No, hoy no dejaría que nada le impidiese hablar con ella.

Allí estaba de nuevo, dispuesto a hablar con ella sin más dilación. Por allí venía, hoy estaba preciosa con una falda estampada de vuelo y una blusa blanca anudada a la cintura. Se acercaba al lugar donde se encontraba Gerardo.

No se lo pensó, cuando llegaba a su altura le salió al paso. Se puso delante de ella, extendiendo la mano derecha con una pequeña margarita en ella:

-Te quiero - acertó a pronunciar.

La chica lo miró sorprendida. Recogió la flor que le extendía y sonrió. Siguió su camino sin decir palabra. Se sentó en el banco, se puso a leer. El tren llegaba y la chica se montaba en él. Antes había girado la cabeza y le había dedicado otra de sus maravillosas sonrisas, nada más.

Gerardo seguía allí, sus músculos no le respondían, su cabeza no era capaz de procesar lo sucedido. Estaba parado sin saber qué pensar ni qué hacer.

El tren se alejaba y en él viajaba su vida.

Ahmed Hadi Islem

-donde habite el olvido-

Cada día intento que mi país no caiga en el olvido de aquellos que tienen la obligación moral de subsanar su error: dejarnos abandonados. Pero mis intentos son en vano.

España nos abandonó como se abandona un juguete usado de tanto usarlo, y ahora se niega a reconocer su responsabilidad como si nunca hubiera tenido relación alguna con el pueblo sahal para más enfado mío no se moja el culo por temor; no habla de la independencia del Sáhara por ser un tema tabú para alguna de sus comunidades autonómicas y, además, no le conviene enfadar a su colega Mohamed VI. Prefiere abogar por el referéndum de autodeterminación, pero eso es alargar todavía más nuestra tragedia porque es imposible llevarlo a cabo, ya que conviven en el mismo territorio saharauis y descendientes de la Marcha Verde.

En el supuesto de que se descubriera petróleo en el Sáhara Occidental, ¿Cuál sería la actitud de la comunidad internacional? Estoy más que convencido de que dejaríamos de habitar en su olvido para saltar al panorama de actualidad y ser motivo de debate. Eso demostraría que se mueve por intereses y no por la legalidad, de la que tanto presume y de la que tanto carece.

Llevamos más de treinta años contemplando impotentes el genocidio marroquí; escuchando propuestas que luego se quedan en eso, en propuestas que no trascienden a nada; sobreviviendo gracias a la ayuda humanitaria, cada vez menor; haciendo todo lo que está en nuestra mano por el diálogo, la paz y una solución justa. Sé que no volveran a pasar otros treinta años porque toda paciencia tiene límites, y nosotros no estamos por la labor de dejar de reclamar lo que es nuestro, lo que nos quitaron de una forma cobarde.

Pasarán los años y aunque no haya ninguna solución, siempre habrá ese sentimiento de libertad, esa causa con la que nos identificamos todos. A pesar de los esfuerzos por pisotearnos y hundirnos todavía más en el profundo pozo del olvido, nosotros seguiremos luchando y abogando por nuestra libertad e independencia: nos podrán quitar la libertad, pero nunca jamás la idea de libertad.

Me gustaría haber nacido en un país democrático, no en un campamento de refugiados, y haber crecido junto a mi familia. Aún así, soy feliz por tener y creer en una causa justa por la que luchar, aunque cada año que pasa nuestra situación se vuelve más opaca. ¿Qué debemos hacer?; esperar eternamente una solución «legal», resignarnos a alcanzar nuestra libertad o recurrir a las armas movidos por la desesperación y el abandono. Yo no tengo una respuesta a esa pregunta, lo único que tengo es una esperanza inquebrantable. Aunque me resisto a aceptarlo, parece que estamos condenados al olvido.



habita
vige
Moral
Moral

Rafael J. Pascual

au revoir, chérie!

Acudía a la cita con una cierta inquietud que me había acompañado desde primera hora de la mañana. Mi *intuición masculina* me auguraba un resultado satisfactorio con respecto a mis temores y esperanzas. Confieso que era una ocasión largo tiempo esperada, y probablemente por eso había ido mitificándose en mi cabeza, de tal forma que cuanto más esperaba de ella más temía por la decepción y el fraude, la sombra de los cuales procuré esquivar con todas mis fuerzas.

Me había dado algunas clases de francés algo antes del comienzo del verano. Era alta y delgada, estilosa, maravillosamente rubia, y en sus ojos azules llevaba la calma del mediterráneo. Gozaba de una risa preciosa, y un humor que pocas veces hallara en las *supuestas* mujeres de mi vida. Se reía de todo y de todos, incluida ella misma si hacía falta. Así era, por

cierto, elegante como una diosa cálida, y de trazo fino como el cristal.

Tomar aquellas lecciones introductorias de una lengua, cuyo estilo y elegancia comenzaban a llamar mi atención, se tornó una de las cosas más inteligentes que había hecho nunca. La clase de francés suponía la hora de la semana más esperada en mi vida cotidiana, y aunque mis avances rápidos en su aprendizaje nos llevaran a poder hablar pronto con cierta soltura, acabábamos relajándonos y cambiando de lengua para intentar decirnos lo que nuestro corazón quería.

Durante la conversación en francés yo me esforzaba por buscar la fórmula correcta para expresar mis sentimientos, pero no lo conseguía nunca, atenazado por el miedo a caer en el error y convertirme en un patán. Alguna expresión más clara y sencilla, como *je t'aime* o *je t'adore* parecía demasiado explícita y brusca, prematura incluso, aunque mis verdaderos sentimientos descansasen en la verdad incontrovertible de que yo ya la adoraba. Faltaba, por demás, un contexto coherente y lúcido, y a pesar de mi esfuerzo no encontré el que me hubiera parecido adecuado. Iba retrasando el momento de exponer mis anhelos, hasta que diera con un marco en que me encontrara seguro y ambos estuviéramos preparados. Pero así fueron pasando los días y las semanas, y yo no acababa de atisbar los indicios inequívocos de que un servidor le atraía, cuando debimos dar por finaliza-

das las clases y todo se precipitó. Acabaron, pues, las lecciones, y ella desapareció en el maremágnum de la dispersión estival en que se vuelcan nuestras vidas durante esta época del año.

Nos escribimos a menudo por correo electrónico durante el transcurso del verano. Las clases habían sido tan pocas y tan efímeras que no me parecía que hubiera dado tiempo a hablar apenas de nada, excepto de reglas gramaticales y de pronunciación del francés. De vez en cuando, claro, algún apunte sobre nuestros gustos literarios o musicales, la común afición a escribir, nuestra vida cotidiana... *mais voilà*: ella era casada y tenía un par de niños; mal caldo de cultivo para hacer surgir un gran amor, de no ser uno terrible y destructor, clandestino y maravilloso. Ni tiempo había tenido, en realidad, de evaluar estas impresiones. Pero sin embargo los escritos que nos fuimos remitiendo aquel largo verano fueron suficientes para declarar, veladamente, los aspectos y valores de la vida en que coincidíamos, las emociones que compartíamos al hablar de la literatura o de la vida... aquello, supongo, que barruntaba un deseo escondido y mortificante que, al menos a mí, me devoraba.

Yo lo creía todo perdido en la dificultad de seguir manteniendo aquella correspondencia, mientras atendía, en los mensajes de vuelta, sus narraciones sobre los juegos de los chicos, las excursiones familiares en plenitud estival... cuando lo único que deseaba era decirle que la amaba, que me moría por ella

y el mundo se me hacía una nube cuando leía sus palabras y recordaba su voz dulce y sureña.

Mientras luchaba por olvidarla, temiendo que la llegada del otoño cerraría con brutalidad esa puerta en mis narices, si no reunía las fuerzas suficientes para cerrarla yo mismo, recibí un mensaje en el que me invitaba a comer en su apartamento de verano. Aunque releí extrañado las frases una y otra vez, tratando de encontrarles el sentido exacto, no fue hasta que proseguí la lectura y descubrí, más abajo, que su familia saldría un día de excursión sin ella, cuando comprendí la jugada en su totalidad. Pasé muchas horas dando vueltas a aquello. Aunque intentara desentrañar alguna emoción escondida tras las palabras en pantalla, debo confesar que su asepsia parecía total. Tuve que convencerme de que no había más explicación que la temida clandestinidad a que tendríamos que someter nuestro amor de ahí en adelante. Ella había tomado la decisión al fin, y sentí no haber sido más valiente en su momento, con lo que probablemente hubiera adelantado aquél destino. Por otra parte, invoqué los miedos y la culpabilidad ante el adulterio en el que iba a poner mi grano de arena de forma tan retorcida. Me debatí en ello como un loco, pero yo sabía que era, a pesar de todo, una guerra perdida: acudiría a la cita de cualquier modo y consumaría mi traición, a mí y a una persona que no me había hecho nada, pero cuyo hogar marital estaba dispuesto a destrozarse.

Confirmé el encuentro y al mediar septiembre me desplazé al lugar donde veraneaba: una zona residencial del norte de la región, donde la familia continuaba de vacaciones. Ella había mencionado que no se trataba de su residencia habitual, y al tomar la dirección que me indicaba en el siguiente mensaje comprendí que, de momento, no era la calidez de su hogar lo que yo iba a disfrutar. A decir verdad esto me pareció un acierto, en ciernes de una relación que debía principiarse con cuidado. Admiré la inteligencia de mi hermosa francesa.

Tuve que ir en autobús ya que no disponía de coche aquél verano. El viaje fue caluroso y largo, pero yo iba preparado para la ocasión con una ropa fresca y veraniega y soporté estoicamente las embestidas del calor; hubiera aguantado mucho más ante la felicidad inequívoca de aquel encuentro. Tras llegar a la última parada aún tuve que andar unos minutos; exiguo esfuerzo a cambio de estar junto a ella. Mi corazón pegó un salto al verla, esperándome con la sonrisa en el rostro, a la entrada del edificio de apartamentos. Apreté el paso aunque contuve la emoción desbordada en el rostro y me eché en sus brazos como si fuera un amigo de toda la vida: no quería que me encontrase ansioso y azorado. Mientras la abrazaba, sentí su perfume ascender hasta mí, y la cercanía palpable de nuestros encuentros y conversaciones anteriores regresó como si no se hubiera ido nunca.

Se mostró muy cordial, pero menos entregada

de lo que yo hubiera deseado. Me quedé un poco perplejo, aunque comprendí enseguida: no era aquél un sitio para mostrar efusiones de cariño que hubieran podido despertar el interés malsano y la especulación del vecindario, sobre todo si era *vox populi* que la familia se encontraba fuera. Se volvió hacia la entrada y me dijo que la acompañara, mientras ascendíamos las amplias escaleras exteriores que subían al primer piso. Recuerdo que hablamos de pequeñas cosas durante ese tiempo, aunque no puedo recordarlas. Yo estaba, en realidad, en otra parte, aun estando allí a su lado. Regresé al mundo de recuerdos que nos pertenecía a ambos, a nuestra clase particular, soñando con dulces y románticas palabras en francés que anhelaba entrelazar con la conjugación árida e insana de los verbos, con el vocabulario de uso en viajes y situaciones cotidianas que nada me importaban junto a ella. Sólo las palabras justas para hablarle en un paraíso propio y nuestro me hubieran bastado.

Pero el tiempo de los sueños iba a acabar, y dentro de nada nos sumergiríamos por completo en esa otra realidad soñada que ambos habíamos querido. Y aquellos ojos azules tan cercanos, aquellos labios suaves, sonrientes, que me encogían el corazón... estaban allí en ese momento y no eran parte de ningún sueño imposible. Estuve tentado de extender mi mano para rozar la suya; qué digo rozar: tomarla de modo que ella sintiera mi fuerza y mi amor, que yo pudiese sentir su entrega. Pero me contuve, temeroso

quizás de que le asustara el escándalo o la imprudencia, aunque ese imprudente amor sea el más verdadero de todos cuantos hay. Serené mi ánimo y juré que sería cauto, tranquilo y respetuoso: nada precipitaría nuestra entrega mutua para no hacerla falaz, insulsa y ordinaria.

Al salir del rellano nos detuvimos en el primer piso. Apenas a unos metros de la escalera se extendía un largo espacio aterrazado en el que observé algunas mesas. Supuse que se trataba de un área de descanso para el vecindario, destinada a la charla y la convivencia vecinal. De todas las mesas, la primera y más cercana a nosotros se cubría con un curioso mantel a cuadros blancos y rojos, como los utilizados tradicionalmente para las excursiones. Sobre el mantel una batería de utensilios y manjares para el almuerzo de dos personas: vajilla, cubiertos, servilletas, agua, refrescos y varios platos de cocina típica al más puro estilo de Marsella.

Eché una mirada feliz a la mesa y me invitó a sentarme. Debo reconocer que quedé sorprendido. No pude por menos que reconocer en aquello un halo de extraña frivolidad, pero no deseaba discutirlo y no quería desairarla, por lo que asentí sin confesarle mi absoluto convencimiento inicial de que éste, o cualquier otro refrigerio, iba a haber sido despachado en el apartamento. Cuando se me pasó el aturdimiento intenté adaptarme a la situación y disfrutar de la comida -cocinada espléndidamente- como paso previo y pre-

paratorio de todas las cosas sinceras e íntimas que habíamos de decirnos. Al cabo de un rato comencé a pensar, incluso, que aquella había sido una gran idea como medio de abrir camino sin que la celeridad o la precipitación pudiera jugaros cualquier mala pasada.

Todo este nuevo convencimiento por mi parte tuvo que cambiar cuando empecé a sumar detalles que no acababan de cuadrarme, sino que tiraban de mí hacia otra conclusión más lúgubre y tremenda. Mientras hablábamos de lo bien que habíamos pasado el verano, y me afanaba en encontrar el hueco -fuera más o menos adecuado- donde poner ese obsesivo *je t'adore*, o recordábamos nuestras clases, cuyos efluvios pasionales y románticos me empezaba a costar creer que compartiéramos, lanzaba alguna mirada perdida a las puertas cerradas de aquellos apartamentos, y permanecía atento al rellano de la escalera, que amenazaba con romper en cualquier momento aquel pretendido e irresoluble escenario íntimo.

Yo me preguntaba, una y cien veces, cómo esperaba ella que en tal contexto pudiera surgir el grado de intimidad suficiente para que habláramos, al fin, con sinceridad. ¿Se podía esperar algo más de aquella conversación, en la que no encontraba el hilo del que tirar para conducir mi deseo y mi amor por buen camino? Empecé a sentirme incómodo, y pronto comprendí que habríamos de cambiar de escenario para que pudiera ponerme en situación y expresar, como

fuera, aquello que tenía ganas de decirle desde hacía muchos meses: *je t'adore, je t'adore...* Pero tampoco sus palabras o su actitud personal ayudaban nada. Durante toda la conversación, en la que como he dicho no podía encontrar la forma de hablar de amor, se fue desgranando una retahíla alegre y entusiasmada, amigable y correcta, que se escurría en las mieles de insustanciales historias, anécdotas y -lo peor- episodios de sus vacaciones estivales familiares que llegaban a mí con claros ecos de feliz rememoración.

En realidad fueron sus palabras -certeras como el filo de una guillotina-, la ausencia del brillo mágico, especial, que había esperado en sus ojos divinos y franceses, los que me abrieron el telón de un acto final en el que yo salía terriblemente malparado. El escenario de la comida había sido la primera parte de la obra, y sobre ella alzado el teatro del absurdo, de mis anhelos frustrados, del corazón roto por aquellas palabras de frío, cortante y transparente cristal que lo cortaban en pedazos.

Ce n'est pas possible!... pensé. No había pasión secreta a la que pudiera aferrarme, sino malentendida amistad profunda ribeteada de guiños imaginados. Ni aquellas palabras dulces de antaño lo eran por alguien que no podía aspirar a ser primer actor de reparto. No había encuentro secreto, sino ocasión para disfrutar la compañía de un amigo durante una ausencia oportuna y casual de la familia. No había, en fin, más sujeto enamorado que aquél ridículo personaje, que bus-

caba con vergüenza la excusa más rápida y convincente para abandonar a quien le había hecho trizas el corazón. Ni tiempo concedí para el café en un bar cercano, donde ella era cliente asidua y *nos tratarían bien*. Prometí visitarla en invierno para conocer a su adorable familia: *oui, bien, c'est magnifique...* y luego me largué lo más rápido posible.

Fuimos juntos hasta la puerta del edificio pero insistí en que no se molestara más, y tras despedirme de sus ojos azules y maravillosos, de su rostro encantado y traicionero *-au revoir, chérie!*-, me dediqué a mortificarme mientras esperaba la triste llegada del autobús. Tuve todo el tiempo del viaje de vuelta para condenar mi estrechez de miras y mi averiado sentido de la percepción amorosa. La congoja y la tristeza inmediatas -que a duras penas había disimulado con ella- fueron dando paso a una calmada resignación que me mostraba la necesidad de aceptar los designios del destino y toda una sarta de sandeces parecidas. La vida continuaba, pero yo no podría insistir. Porque eso era lo más grave: que no me había dado siquiera un resquicio por el que introducirme, una esperanza a la que asirme, alguna grieta que mi pericia pudiera forzar. Yeso me dejaba en la cuneta, fuera de juego.

La tarde caía lenta y pesarosa, negándose a ceder su sitio en aquél día estival y caluroso. Yo observaba a algunas parejas amarse, despreocupadas y libres, eróticas y sensuales, en los campos y rincones

cuyo margen recorriamos de vuelta a la ciudad. La echaba de menos, aunque me resistiera a dolerme por aquello sin éxito alguno. Me dije que al fin y al cabo era suerte de un solo día, amor efímero y espejismo de cualquier otro que debía llegar aún: pasaría por mi vida como pasaron aquellos que no habían podido anclarse a mi existencia. Pero cuando una mano imperiosa e impaciente me zarandeó, sacándome del triste sueño para indicarme el final del recorrido, embajadora de un rostro obtuso, feroz y visiblemente molesto que me preguntaba sobre *el endemoniado sitio al que yo quería ir*, la explosión incontenible brotó de mi pecho y se materializó en una exhalación cansada, en el vidriado de unos ojos que exigían justicia, y en las palabras a la vez fuertes y trémulas, decepcionadas, que espetaron una verdad universal que aquel pobre hombre no debió entender nunca, pero que le dejó paralizado: *je t'adore, oui, je t'adore!*



ÍNDICE	PÁG
LOLA LÓPEZ DÍAZ.....	7
SARA MARQUÉS.....	8
OLGA GUADALUPE.....	13
JESÚS MORATA.....	18
GONZALO VAQUERO SUELA.....	26
PACO MORATA.....	40
J. LUIS CALVO VIDAL.....	42
LUIS VALLE.....	46
JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO.....	49
JESÚS PINO.....	59
MARÍA ANTONIA RICAS.....	63
MARÍA JOSÉ VIOQUE.....	67
ANDRÉS ORTEGA MARTÍNEZ.....	69
JUSTO MONROY PÉREZ.....	74
YAGO RODRÍGUEZ YÁÑEZ.....	80
REYES SANTIAGO OSTOS.....	90
AHMED HADI ISLEM.....	98
RAFAEL J. PASCUAL.....	102



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Telefónica